

mundo gráfico

Miércoles, 3 de Marzo de 1937

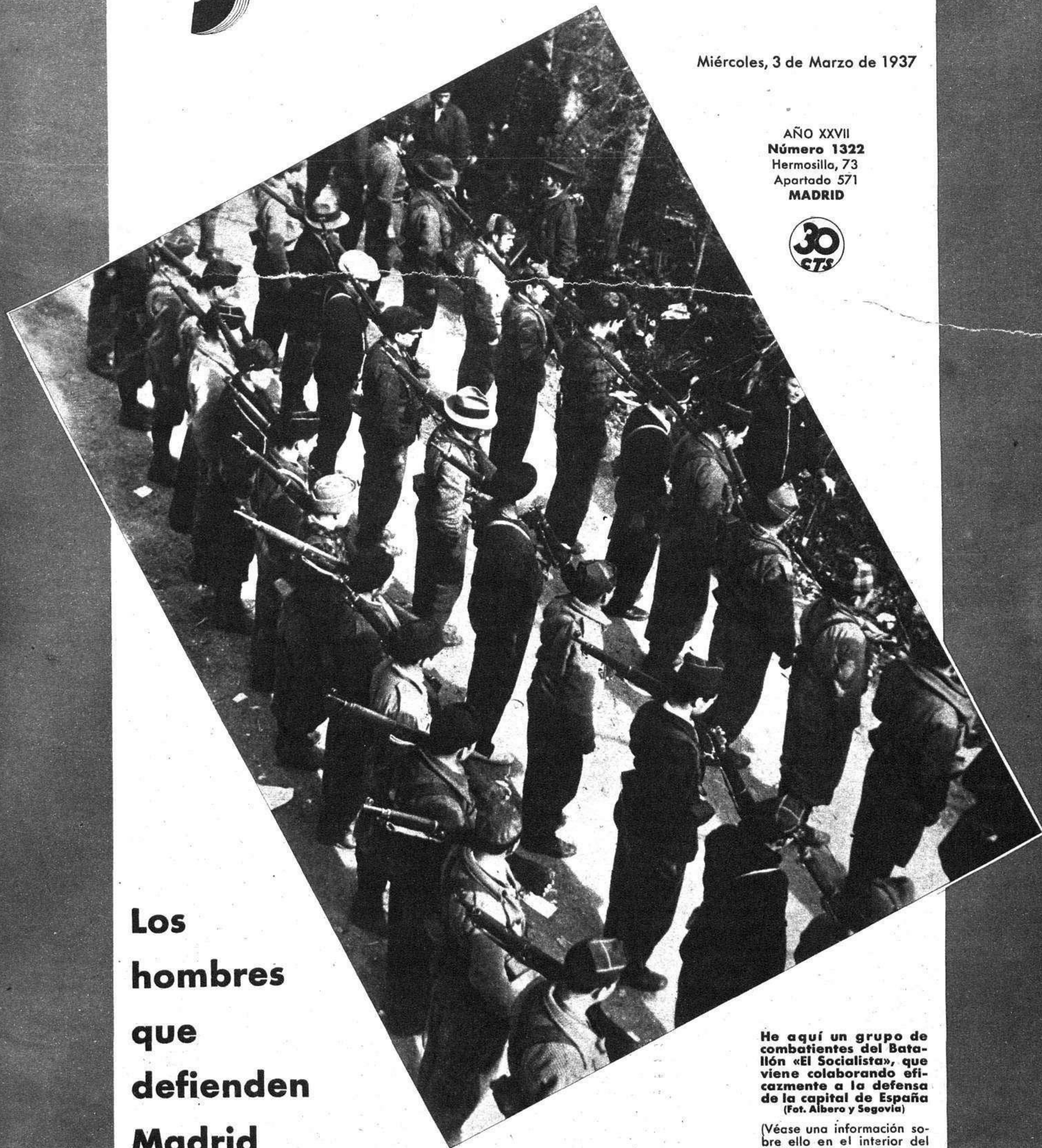
AÑO XXVII
Número 1322
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID



**Los
hombres
que
defienden
Madrid**

He aquí un grupo de combatientes del Batallón «El Socialista», que viene colaborando eficazmente a la defensa de la capital de España
(Fot. Albero y Segovia)

(Véase una información sobre ello en el interior del número)



Cómo debe ser la guerra según el Derecho Internacional

En la guerra hay unas leyes que tienden a dar a la lucha un acento de humanidad, con garantías recíprocas para los combatientes. Dentro de la crueldad inevitable de la guerra, el Derecho ha tendido a que esa crueldad se atenúe todo lo posible y a que la lucha se produzca dentro de unas normas de lealtad y de humanidad.

Así, existe, efectivamente, un Derecho de la guerra, que establece expresamente una serie de deberes en los que luchan, para que la contienda no derive por cauces de ferocidad. ¿Hasta qué punto esto es real en las guerras? La historia de las contiendas que han desgarrado el mundo está llena de ejemplos que desmienten aquella noble ambición de que la guerra tenga sus normas de caballería. Esas normas existen, sin embargo, y no por olvidadas dejan de tener un bello contenido humano y generoso. Vamos a recordar hoy algunas de esas leyes establecidas por el Derecho para la guerra.

Los no combatientes

Un principio incuestionable del Derecho Internacional es el respeto a la existencia y a la libertad de los no combatientes. Estos no deben ser atacados, y está prohibido, igualmente, hacerles tomar a la fuerza parte alguna en las operaciones militares. Bella teoría en Derecho: respeto a la vida del habitante pacífico. La realidad, sin embargo, la desmintió casi siempre.

El deber de la población civil

Claro es que a cambio de ese derecho de que se respeten su vida y su libertad, la población civil tiene, recíprocamente, un deber: el de abstenerse de toda agresión contra el combatiente contrario. El que quebranta esta abstención cae dentro de los rigurosos Códigos de la Justicia militar. El Derecho Internacional Público reconoce y estima lícita la represión de estas infracciones. Pero con una doble condición para el castigo: la represión sólo debe ser para los autores de las infracciones, y no para otras personas, ni aun como represalia. El castigo, además, debe ser impuesto por un juez regular: es decir, por un Consejo de Guerra.

Los heridos y los sanitarios

Las normas internacionales establecen claramente deberes para con los heridos en los campos de batalla. Para ello, los hospitales, las



Las leyes de la guerra dicen que deberán ser respetados por la aviación los edificios de la población civil. Pero la realidad es otra. He aquí esta estampa dolorosa de nuestra guerra civil: un edificio bombardeado por los aviones (Fot. Videal)

**EDICIONES
ELEGANTES
Y MODERNAS**

NÚMEROS
EXTRAORDINARIOS DE
PERIÓDICOS,
REVISTAS,
TARJETAS POSTALES,
CATÁLOGOS,
FOLLETOS, ETC.

Con los procedimientos gráficos modernos (los que mejor responden a las nuevas tendencias del arte), usted aumentará el encanto y la belleza de sus publicaciones, así como también la eficacia de todos sus impresos de propaganda. Tratándose de grandes tiradas, no inferiores a 10.000 ejemplares, en nuestros talleres le haremos toda clase de impresos artísticos, modernos y de refinado buen gusto, tanto en huecograbado como en tipografía.

CONSULTE
POR CARTA O
POR TELÉFONO A

**PRENSA
GRÁFICA
S. A.**

HERMOSILLA, 73. - MADRID
Apartado 571 Teléfonos 57885 y 57884

ambulancias y los equipos sanitarios que lleven el signo de la Cruz Roja deberán ser respetados, siempre que tras ellos no se oculten armamentos con fines militares. El personal sanitario es, por tanto, inviolable. Y si cae en poder de las fuerzas contrarias, no debe ser considerado como prisionero de guerra; debe ser enviado otra vez al país a que pertenece.

Los prisioneros

El deber para con los prisioneros exige que éstos sean bien tratados. Se les puede privar de libertad, pero no se les debe imponer ninguna pena propiamente dicha, salvo en el caso de tentativa de huida. Se admite por el Derecho Internacional de guerra que se obligue a ejecutar a los prisioneros algunos trabajos, pero siempre que estos trabajos no tengan relación con la lucha y sean tratados humanamente.

Balas explosivas, gases asfixiantes, venenos...

Hay concretamente algunas prohibiciones de medios de muerte y de destrucción. Por ejemplo: los proyectiles explosivos de pequeño calibre (de menos de cuatrocientos gramos, según la declaración de Rusia, de 1868, admitida por todos los Estados); los proyectiles que tengan por único objeto extender gases asfixiantes o deletéreos (cuando se hicieron estas declaraciones no se conocían aún los procedimientos para extender directamente capas de gas); el veneno... A estas prohibiciones hay que agregar la de la guerra bacteriológica, última palabra en esta terrible ciencia de la lucha entre hombres.

La simulación

Está también prohibida internacionalmente la simulación. No debe romperse la palabra dada por unos combatientes a otros, ni se debe fingir una rendición para caer luego sobre el enemigo, ni se puede utilizar el signo de la Cruz Roja para hacer pasar convoyes de municiones. No es lícito tampoco el uso de músicas, banderas y uniformes del ejército contrario. En este caso, los combatientes culpables de estas infracciones de las leyes de la guerra no tienen derecho a la protección establecida por estas leyes. Si son hechos prisioneros, no se les puede dar cuartel.

Bombardeos desde aviones

En cuanto a los bombardeos aéreos, están permitidos los que tienden a destruir los recursos y las resistencias militares del enemigo: cuarteles, fuertes, puestos de mando, lugares de aprovisionamiento, depósitos de municiones, enlaces de vías férreas, estaciones de importancia militar... En cambio, están prohibidos los bombardeos de las ciudades no defendidas y no fortificadas. Y hasta en el interior de las capitales fortificadas se debe también respetar ciertos edificios, como hospitales, iglesias, bibliotecas y museos.

Humanización de la guerra, leyes que tienden a hacer menor la crueldad de la lucha. Respeto al no combatiente, al herido, al prisionero. Exclusión de los medios bárbaros de combate. Caballería, lealtad. ¿Qué queda, de todo ello, en las imágenes que las guerras de casi siempre ofrecen a los ojos espantados del hombre?

El perro que ha salvado su vida por los cuidados de unos pequeños de la F. A. I.

El transeúnte por la calle de Fuencarral se ha detenido ya alguna vez ante ese ángulo de tablas de un vallado en el que, protegido por un techo de estera y tendido sobre un felpudo, permanece inmóvil, rodeado de chiquillos, un perro lobo, al que nunca faltan sus dos cazuelas bien provistas para su hambre y para su sed.

Cerca, la guerra está resonando con estruendo brutal, que embota la sensibilidad de los espíritus más tiernos. Hay en el ambiente, como un mandato ineludible, la necesidad de morir y matar. Y en los ánimos y en los semblantes, obedientes a aquel mandato, una sombría expresión, que hasta los chicos en sus juegos, que debían ser como una risa clara, copian con ímpetus y trazos lamentables. Aquel día, igual...

Estaban jugando. Eran ocho o diez pequeños—las manos crispadas, en una ambición de fusiles—, en violenta ofensiva contra un enemigo imaginario. Porque no había fascistas en la calle de Fuencarral.

—Y ninguno de nosotros quería «hacer de fascista»—dicen.

Entonces fué cuando el perro, que cruzaba la calle, quiso huir de un tranvía y no vió el automóvil que le alcanzó con una de sus ruedas y le derribó.

Pero los chicos sí lo vieron. Y oyeron los aullidos del animal.

—Creímos que iba a morir... Aunque no se le veía ninguna herida... Y le recogimos, y le trajimos a la acera, por si tenía rota alguna pata y se le podía curar. Pero el daño debió de ser en el interior... En las costillas o en los riñones—aventura su diagnóstico uno de los pequeños, acaso un futuro veterinario, que, ayudado por los otros chicos, fajó fuertemente al animal y le instaló, provisionalmente, al amparo de aquella valla, donde pronto se le acondicionó abrigo y techo.

A todo proveyeron los chicos. Uno trajo un trozo de estera; otro, un palo de escoba; otro, una cuerda; otro, una chaqueta vieja de su padre... Para comprar dos cazuelas de barro, para la comida y el agua, hicieron una colecta entre los viandantes.

—Ni siquiera le han faltado huesos que roer—cuenta un industrial de las inmediaciones, que ha sido testigo de esta asistencia de los chicos al animal inválido.

¡Hasta huesos, en días de escasez, en los que apenas si Madrid sacrifica reses, y los otros perros sanos y ágiles tienen que hociocar desesperadamente en las basuras para encontrar difícilmente un sucio mendrugo de pan!

—Buscándolo donde lo había... La consigna era la de investigar dónde se comía carne y requisar los desperdicios—explica Víctor Gutiérrez, uno de estos pequeños



Los «chavales» madrileños se turnan y cuidan de que al perro no le falten ningún día sus dos cazuelas...
(Fots. Vide)

de desenvueltas palabras, que luce en su cabeza, con graciosa altanería, un gorrillo de miliciano con las iniciales C. N. T.

Hasta que el perro fué mejorando de sus lesiones y ya, casi restablecido, es para los juegos, entre los chicos, igual que un chico más.

—Le llamamos Fai... Porque nosotros somos de la F. A. I. Y ya conoce su nombre, y a cada uno de nosotros, por la voz—sigue diciendo Víctor—. Verá usted. Llámale tú, Manolo. Y tú, Paco. Y tú, Luis—ordena a cada uno de sus camaradas, que, obedientes, en los diferentes timbres de sus voces, gritan al perro: «¡Fai! ¡Fai! ¡Fai!...» Sin que el perro sepa a cuál de los chicos atender.

Hasta que resuelve sus dudas revolviéndose en gozosos saltos entre todos.

—Si no es por nosotros, el pobre animal se muere ahí—dice uno de los chicos, señalando un punto de la calzada—. Pero ya está bien. Y ahora será el perro del batallón...

Cerca, la guerra. Y el mandato de matar y morir, que hasta sobre los chicos pesa. Pero que no tiene poder bastante para amortiguar en los chicos—acaso sin que ellos mismos se den cuenta—el sentimiento generoso de la vida propia y extraña. Frente al ejemplo de los hombres, bajo la amenaza brutal de los obuses y de las bombas. ¡Y cómo consuela el corazón este hallazgo de humanidad!

En el Ministerio de la Gobernación actuaba una Junta de Protección de Animales y Plantas. El Ministerio de Instrucción Pública palpita hoy de impaciencias en favor de cualquier manifestación espontánea de la sensibilidad infantil. Frente a los dos queda ahí este episodio madrileño, que había que señalar. Y una esperanza de recompensa, que sería—entre tantas crueldades ejemplares inevitables—de una alentadora ejemplaridad.

José ROMERO CUESTA



Y en tanto que Burdeos vivía una vida confiada y feliz, en los campos de batalla caían a millares los soldados franceses...

CUANDO EL GOBIERNO FRANCÉS SE TRASLADO A BURDEOS

La vida feliz de una ciudad confiada, mientras Francia se jugaba su destino. Champán, en la retaguardia; muerte, en las trincheras

El éxodo oficial de una noche triste

HACÍA muy poco que la guerra había empezado. Avanzaban los alemanes sobre París, y una noche el Gobierno francés dejó la capital para trasladarse a Burdeos. Fué un viaje triste. Hablaban poco los ministros. La pesadumbre de la suerte de Francia se hacía sobre ellos angustiosa y lancinante. Desde las ventanillas del tren, en las estaciones y las carreteras, se veían tropas que marchaban hacia los frentes, o convoyes de heridos traídos desde los campos de batalla.

Con el Gobierno ha marchado también el Presidente de la República. Desde Burdeos siguen anhelantemente el ritmo de la guerra. Los comunicados oficiales del Cuartel General de Joffre, los informes que traen los jefes de enlace. ¿Y París? ¿Qué pasa en París?

—Está detenido el avance de los alemanes. Las tropas de von Kluck se han desviado de la ruta que seguían.

Joffre prepara ofensivas, y Gallieni organiza la resistencia de la capital, por si los alemanes llegan a las puertas de París. Se lucha todos los días violentamente. La sangre de Francia corre y corre. Hay crespones de luto sobre la frente de muchas mujeres. La suerte del país está decidiéndose sobre las riberas del Marne. Pesa una amenaza dramática sobre París. Y Burdeos, entretanto...

Una ciudad de placer en una hora de tragedia

En Burdeos está el Jefe del Estado, están los ministros, están los presidentes de las Cámaras... Ha ido también el personal de los Ministerios, y todo ese público vario y numeroso que se mueve alrededor de los Centros oficiales. Otras muchas gentes han marchado de París ante la proximidad de la guerra. Es una verdadera invasión de parisienses sobre Burdeos.

La ciudad, transitoriamente convertida en capitalidad del Estado, cobra una nueva vida despreocupada y brillante. Allí, sin el estampido de los cañones, sin la amenaza de la invasión, todo tiene una apariencia tranquila y feliz, sin sobresalto ni dolor. Burdeos es, en esas horas en que Francia se juega su destino sobre las riberas del

Marne, una ciudad de placer. Una ciudad que se divierte y que ríe, confiada y alegre, mientras millares de franceses están haciendo la ofrenda trágica de su vida sobre los campos de batalla.

En la Prefectura—antigua residencia arzobispal—se aloja el Presidente de la República. Lleva una vida quieta y silenciosa, de retiro y recogimiento. Los Consejos de ministros, las visitas oficiales, el despacho con los secretarios... Apenas sale, y ningún eco de aquella vida sonriente de Burdeos llega a él. Está como aislado en sus salones de la Prefectura.

Un día, alguien le dice la verdad de esa vida de la ciudad girondina. La gente se divierte, como ignorando la guerra. Y hay más, algo más, de una gravedad verdadera.

—Hay ministros—dicen al Presidente—, que no quieren nombrar, que dan por sí mismos un lamentable ejemplo comiendo con actrices en los restaurantes elegantes.

El buen Poincaré se asombra. ¿Es posible? No habían llegado hasta él las resonancias de aquellos escándalos. Cuando se queda solo, cuando se apagan en los salones de la Prefectura los ecos de la vida oficial y el jefe del Estado siente con más íntima y desgarrada fuerza la emoción, el dolor y la grandeza de la hora que está viviendo Francia, una profunda amargura llena el espíritu del Presidente. En su interminable soliloquio interior, un angustioso e inexplicable porqué resuena constantemente.

—¿Es posible—se dice a sí mismo—que en esta hora haya franceses que puedan aturdirse y olvidar de esa manera? Todo el porvenir de Francia dependerá de lo que hoy pase en el Marne. Y estas gentes no se dan cuenta.

Es el domingo 6 de Septiembre. En el amanecer, el sexto Cuerpo de Ejército habrá emprendido una vigorosa ofensiva para intentar envolver el ala derecha del enemigo.

—¿Es posible—sigue la obsesionante pregunta del Jefe del Estado—pensar en otra cosa que no sea esa batalla lejana, demasiado lejana y demasiado invisible para los que quisiéramos estar tan cerca de ella?

Y, como tantas otras veces, un periódico castigado por decir la verdad

Han pasado unos días. La batalla del Marne ha sido un triunfo para los soldados de Francia. Pero la lucha sigue. Millares y millares de hombres ensangrientan los campos mártires. ¿Cuántos hogares enlutados hay ya en el país?

Burdeos, en cambio, sigue siendo la ciudad confiada y risueña, que parece ignorar la lucha. Los cafés y los restaurantes desbordan de animación. La gente tiene un aire feliz, ausente de la gran tragedia de Francia. Este estado de cosas llega a reflejarse en la Prensa, en la que despierta un acento de severa condenación.

En *L'Independent des Pyrénées Orientales* se publica un artículo, firmado por Emmanuel Brousse, del que son estas frases: «En Burdeos corre el champán; se fuma, se ríe, mientras que allá lejos nuestros soldaditos se juegan su vida por el bienestar de todas estas gentes. Pase, aun cuando la fiesta sea en las salas de los restaurantes; pero el domingo se ha visto a ministros, que venían de pasar un día agradable con mujeres en Arcachón, circular por las calles de Burdeos en automóviles llenos de flores, conducidos por militares.»

A causa de estas palabras, el periódico es suspendido durante un mes por orden del general comandante de la 16.ª Región. El Consejo de Ministros reduce después la suspensión a unos días nada más. Pero ello no obsta para que todos los ministros protesten contra lo que ellos juzgan habladurías nada más.

Cuando acaba ese Consejo, presidido, como todos, por el Jefe del Estado, éste es llevado aparte por Malvy, el ministro del Interior.

—Yo estaba—dice Malvy a Poincaré—muy cansado esta semana. Y fuí a pasar la tarde del domingo a Arcachón, a la casa de un amigo. Al regreso, algunas Asociaciones locales que habían advertido mi presencia me ofrecieron flores. Y no ha pasado nada más.

El Jefe del Estado se queda solo otra vez. Solo con sus pensamientos y con sus inquietudes. Todo su espíritu va hacia allá, hacia las trincheras, hacia los campos ensangrentados, hacia los ríos que tendrán ya para siempre una dramática aureola roja. Burdeos, en tanto—más allá de este silencio y este recogimiento de la Prefectura—, ríe y se divierte, entre champán, humo de cigarrillos y música de baile. Francia se está jugando su destino, mientras aquella ciudad vive una hora confiada y feliz. El periódico tiene razón. Y las palabras impresas se repiten, como una obsesión amarga, en el pensamiento del Presidente: «...Mientras que allá lejos nuestros soldaditos se juegan su vida por el bienestar de todas estas gentes...»



La instrucción de las muchachas y los muchachos de «Alerta»

"ALERTA"

Qué es, qué se propone y cómo está organizada esta Escuela para la educación premilitar de la juventud

EN la explanada, bajo la caricia dorada del sol invernal, hay un marcial redoble de tambores. Un corro de curiosos contempla las evoluciones de los que aprenden la instrucción militar. No es inédito el espectáculo en este Madrid febril de la guerra.

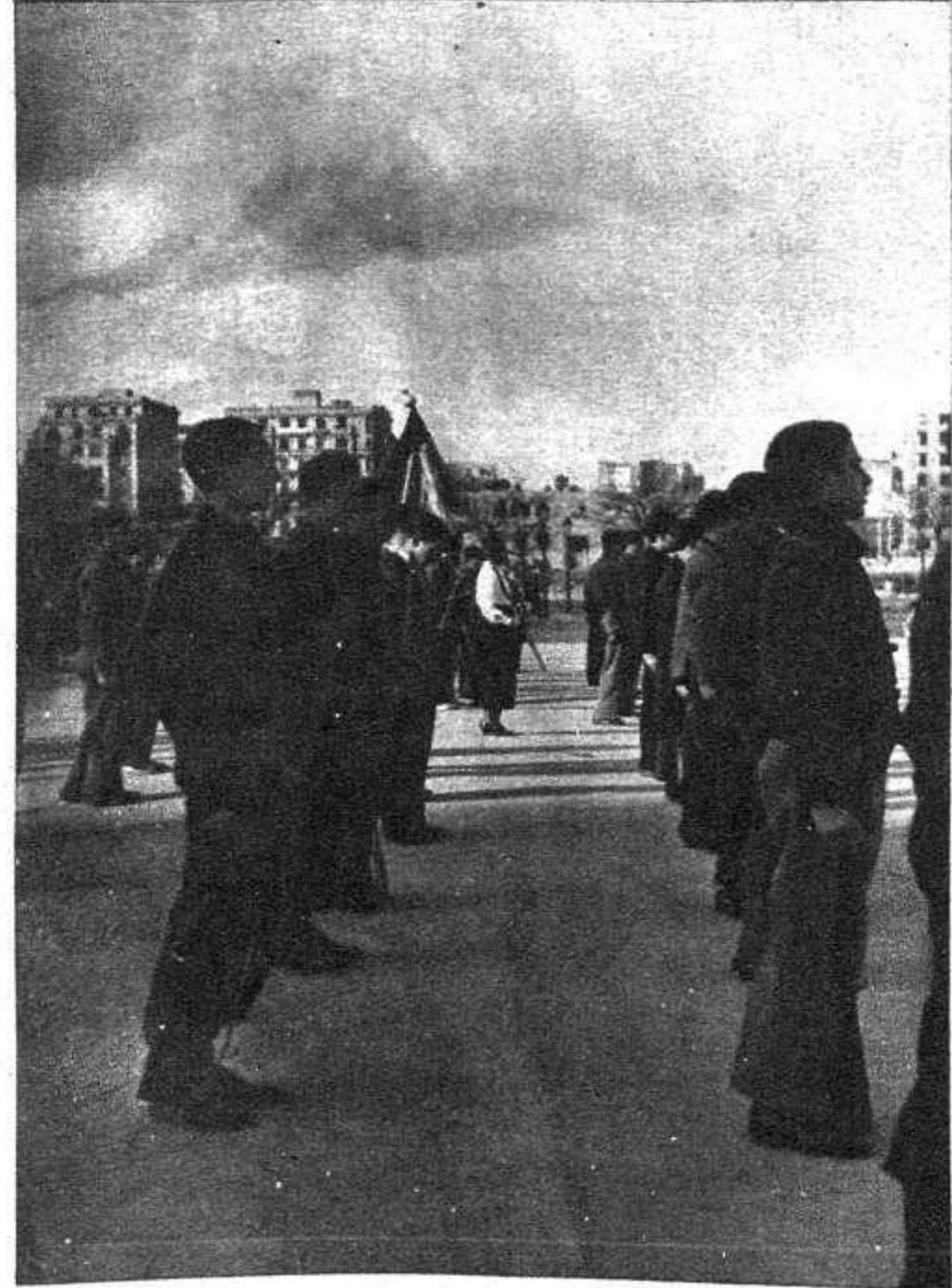
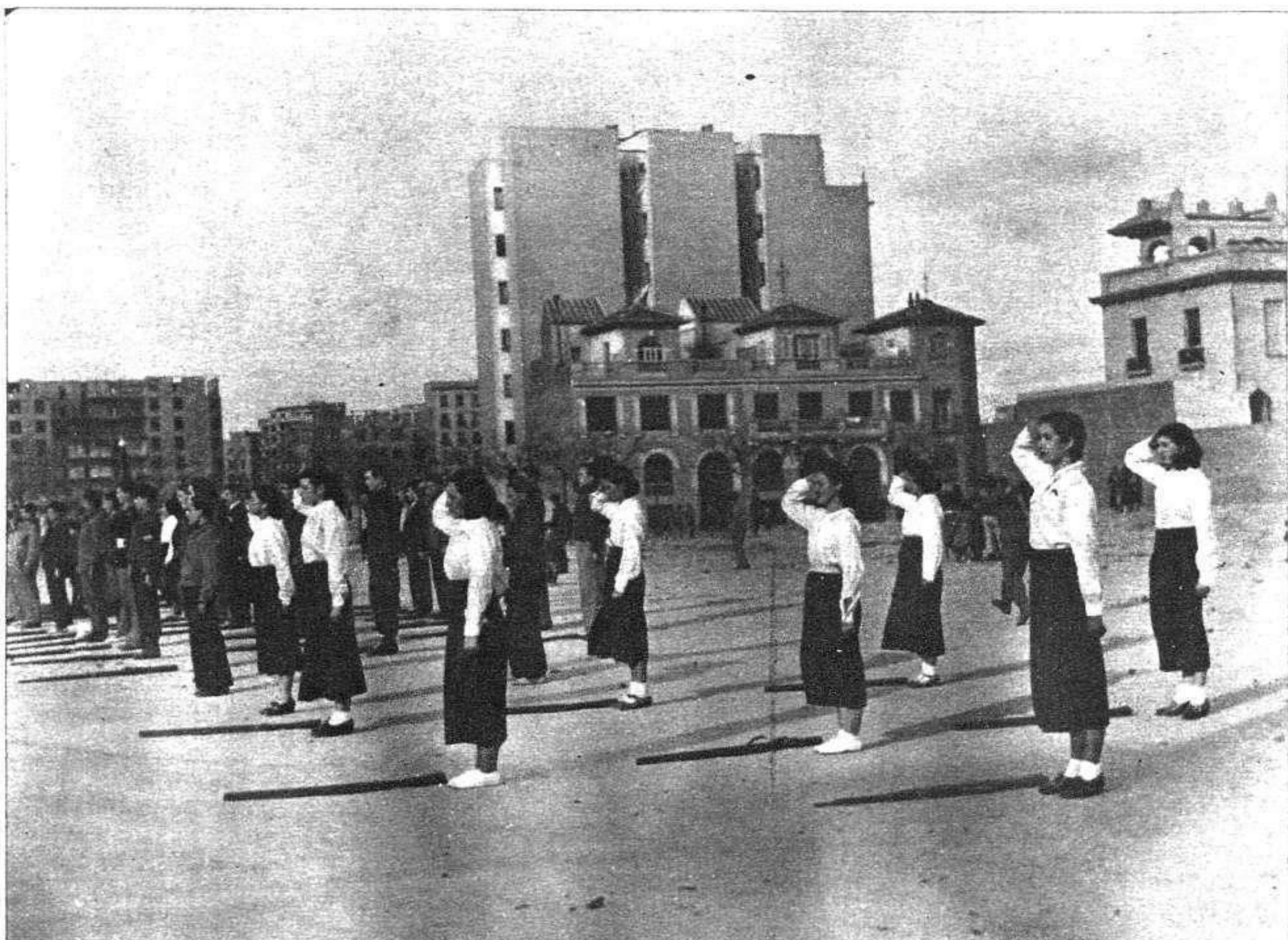
La novedad está en la condición de los que realizan los ejercicios. Son casi todos niños en la edad escolar: algunos zagalones con atuendo de aprendices mecánicos, muchachos de fábrica y taller y, la mayoría, chicos con pantalón corto, arrapiezos aun no llegados a la pubertad. Y en vanguardia, formando la escuadra de gastadores, unas muchachas en plena floración juvenil. Erguidas, serias, son las que con mejor garbo marcan el paso, las más atentas a las voces de mando. Se las ve abstraídas en la obligación. Van gentilmente uniformadas: ancho pantalón azul y finas blusas blancas. Una de ellas, al frente de la escuadra, tiene el garbo y la prestancia de Lilian Harvey, la heroína de *El favorito de la guardia*.

Si no viviéramos las horas dramáticamente verdaderas de la guerra, apenas tendría importancia el espectáculo. Es vieja la costumbre de los «batallones infantiles», que en un tiempo, estimulados por la vanidad militarista de la Monarquía, alcanzaron gran boga.

Pero estas formaciones de ahora responden a otro espíritu. Han nacido del imperio dramático de la necesidad, de una justa preocupación por el porvenir, de una previsión que el Destino quiera no hacer precisa. Son los alumnos de las Escuelas «Alerta». «Alerta» es una



El instructor y los directivos de la Escuela de «Alerta» número 1
(Fots. Vide)



«¡En su lugar, descansol...!» «¡Firmes!...» Y los muchachos responden con exacta precisión a las órdenes de los instructores (Fols. Vide)

Las alumnas y los alumnos de «Alerta» en dos momentos de la instrucción premilitar que reciben en una de las Escuelas de esta organización de la juventud

nueva institución, dedicada a la educación premilitar de la juventud.

Hablamos mientras los pequeños «reclutas» descansan con el teniente Francisco Alfaraz, instructor de la Escuela, que nos dice:

—«Alerta» es una organización creada por el Frente de Juventudes, que preside el camarada Agustín Nieto. Responde a la necesidad de dar a la juventud, al mismo tiempo que la enseñanza general, una educación premilitar. Son muchos los países—y no sólo los de tradición imperialista—donde se ha atendido este problema. No se trata de crear en la infancia una espiritualidad militarista, ni una mentalidad rutinaria y servil, sino el de atender a su desarrollo físico por medio del ejercicio, y al mismo tiempo enseñarles la instrucción militar, para que con ese aprendizaje, hecho ahora cómodamente y como por juego, les sea luego más fácil su adaptación a la vida militar, cuando lleguen a la edad de prestar servicios.

—¿Hay muchos alumnos en las Escuelas «Alerta»?

—Sí. Aunque nuestros medios de publicidad son todavía muy modestos (la mayoría de los *affiches* anunciadores están hechos a mano por colaboradores desinteresados), los muchachos responden con gran entusiasmo.

Estos alumnos que estoy instruyendo son de la Escuela número 1, donde se han inscrito, en pocos días, más de un centenar. La Escuela no es exclusivamente militar. Durante las mañanas se dan a los alumnos diversas clases de educación primaria a los que lo necesitan, instrucción teórica, y a los mayores se les enseña francés, música, cultura general...

—¿Qué edad se exige para el ingreso en «Alerta»?

—De los catorce a los veinte años. Pero ha sucedido que han acudido chicos algo menores a recibir la enseñanza general; muchos, a terminar su aprendizaje de las primeras letras. Dan sus clases corrientes, y cuando llega la hora de salir a hacer la instrucción, reclaman con tanto entusiasmo el formar en las filas, que no hay manera de negarse. Por eso verá usted aquí algunos que aun no tienen los catorce años; pero como están fuertes, la instrucción les sirve de ejercicio saludable y sin riesgo físico.

—¿Se han inscrito muchas muchachas?

—Bastantes. Y no sólo por galantería se ha formado con ellas la escuadra de gastadores. En realidad, se aplican fervorosamente al aprendizaje, y rivalizan en seriedad y disciplina.

Un redoble de tambor pone fin a nuestro diálogo. Se forman las compañías, obedientes a las voces de mando. Chicas y mozos pugnan por adoptar un aire marcial; van serios, erguidos, alta la frente y el mirar, rítmico el paso. Toman con prematura gravedad el ejercicio, casi un juego hoy, misión de consciente responsabilidad para el futuro. Se preparan—soldados del pueblo—para mañana. Ellos ya saben; han visto de cerca, en el ejemplo de sus propios hogares, toda la realidad dramática de lo que eso significa: sus padres, sus hermanos, soldados del pueblo hoy, están dando su sangre en auténticos campos de batalla. No es un entretenimiento frívolo, ni una vanidad espectacular, este aprendizaje. Los niños saben su obligación, forzosa necesidad. Mientras ellos hacen sus evoluciones en la explanada está lejos tronando el cañón. Hasta aquí llegan amortiguados sus secos zumbidos. Es la guerra. La guerra de «verdad», donde mueren los hombres, acaso para que no puedan mañana morir, en otra guerra más, estos niños. Educarlos militarmente, fortalecerlos físicamente, robustecer su moral con la cultura, es la obra meritoria, oportuna y justa que «Alerta» realiza, y a la que todos debemos ayudar.

ALVARO REAL

FRENTE DE MADRID

La defensa de la capital, el comandante más joven y la vecindad de las trincheras facciosas



El comandante Palma revisando las fuerzas de una compañía del Batallón «El Socialista»

Los camaradas del control de tráfico, todavía en las últimas casas de Madrid, nos advierten, después de examinar minuciosamente nuestros salvoconductos:

—Hoy es un día tranquilo, compañeros.

El día, efectivamente, está en calma. No llega hasta aquí el ruido de un disparo. Ni aun el mazazo brutal de los cañones, que otros días pueden oírse incluso desde el centro de Madrid. En el cielo limpio hay un sol primaveral, que enciende las agujas verdes de los pinos y pone un sudor brillante en los troncos.

—Lo que es esta mañana, poco vais a contar...

Pero apenas se ha puesto en marcha el automóvil, aparecen en el cielo, como si una mano misteriosa los hubiera colgado para rectificar la afirmación, las alas de cuatro aviones. Van muy altos. Tanto, que no se les hubiera descubierto a no ser por este largo entrenamiento ocular a que estamos dedicados desde hace siete meses los madrileños.

—¿Nuestros?

Nadie es capaz de saberlo a esa altura. Se discute. Se hacen apuestas, conjeturas, deducciones.

Un oficial de los que nos acompañan advierte:

—Pronto lo sabremos.

A poco se oye el estallido de seis u ocho bombas, lejanas.

Ya está hecha la identificación.

—Los aviones son leales, porque esas explosiones vienen del lado fascista.

El sol, indiferente, sigue prendiendo luz en las agujas verdes y en los troncos de los pinos.

—He aquí al comandante de sector más joven: el camarada Vega.

Me lo presenta otro comandante de una zona próxima: el camarada Palma.

Vega apenas habrá doblado la curva de los treinta años, si es que la ha doblado. Procede del campo civil y está luchando en los puestos de mayor peligro desde el 18 de Julio. Una biografía breve, pero apretada de he-

chos heroicos que han tenido por escenario muchas veces, a lo largo de siete meses, las crestas, nevadas o con sol de altura, de la Sierra.

Ahora está aquí, en otro puesto de peligro, al mando de uno de los sectores mejor organizados del frente.

Hablamos—¿cómo no?—de la defensa de Madrid. Y Vega, que es un hombre sobrio de palabras, me dice:

—No me gusta hacer pronósticos en asuntos de guerra. Pero mi impresión personal es que el enemigo, haga lo que haga, no podrá romper nuestra línea.

Después de esto hay un silencio, que yo no rompo para que siga hablando el comandante. Que añade:

—La verdad es que este tema de la defensa de Madrid está ya muy sobado, pero siempre es interesante. Yo, desde que las tropas facciosas se acercaron a nuestra ciudad, he partido de la base de que no hay ejército capaz de tomar una capital como Madrid. El día 7 de Noviembre (ya ve usted si es atrevido el juicio) pensaba que no entrarían si nosotros teníamos cincuenta mil hombres dispuestos a defender la ciudad. Y ya ve usted si ha sido así, a pesar de los esfuerzos extraordinarios que ha hecho el enemigo. Yo, el día 9 de Noviembre, me reafirmé de modo tal en este criterio, que establecí mi frente, sin que me pasara por la imaginación el pensamiento de que pudieran entrar. Como la guerra se discute en Madrid y en aquellos días se les cerró la puerta para siempre, para mí hemos ganado la guerra en esas fechas.

—¿Y la moral?

—Magnífica. Cada día mejor. Había una moral de resistencia y hacia falta una moral de ataque. Y ésta ya la tienen las fuerzas. Aun cuando no lo parezca, hay mucha diferencia entre una y otra moral.

Un periódico mural en una trinchera. (A propósito: ¿se puede decir, en este caso concreto, un periódico mural?) Un periódico hecho con los recortes de los diarios y revistas que llegan hasta este lugar del frente. Alegría plástica de las fotografías, habilidosamente com-

binadas con los recortes impresos y las cuartillas manuscritas, donde muchos milicianos han dejado sus impresiones.

Uno de los que le redactan se acerca a nuestro grupo: —¿Tú eres el camarada periodista?

Y ante mi asentimiento, me pide un artículo.

—Aquí no se cobra en dinero la colaboración; pero se paga en agradecimiento.

Las trincheras de una y otra parte están tan próximas, que sin esforzar demasiado el oído se pueden escuchar las conversaciones del enemigo. ¿Qué distancia mediará entre las trincheras facciosas y las nuestras en esta parte del frente? ¿Treinta metros? ¿Treinta y cinco? No deben ser muchos más.

A veces, cuando hay calma y los tiros no rasgan el aire de seda de la mañana soleada, se habla de trinchera a trinchera. Otras es un buen trozo de jamón el que salta desde nuestra línea a la de enfrente.

—¡Para que veais lo que nosotros comemos!

El comandante Palma habla familiarmente con los muchachos del Batallón «El Socialista». Les interroga, se interesa por sus problemas, les da consejos paternales respecto a la higiene, les pregunta si están contentos. La familiaridad del comandante Palma afianza en los milicianos la línea respetuosa sin perder las relaciones cordiales. Al final de la charla oigo este comentario:

—Si los oficiales del Ejército hubieran sido como este comandante...

Pero otro miliciano le interrumpe, continuando el pensamiento de su compañero:

—Si hubieran sido como este comandante, no estarían ahora luchando contra el pueblo.

Tiros: de fusil, de ametralladoras... Morterazos, explosiones de cañón. Desde una y otra parte se dispara fuerte durante un largo rato. Luego, poco a poco, se vuelve a la calma, aunque no tan intensa como al llegar.

En el campo enemigo han enmudecido los cañones. Los nuestros siguen disparando aún; pero ya con más largos intervalos.

Cruza el aire de la tarde, bajo el cielo limpio, un grupo de aviones. Esta vez vuelan bajo y se ve perfectamente que son leales.

De la tierra, surcada de venas de trincheras, suben gritos jubilosos de salutación.

Al pasar de nuevo por el control de tráfico, junto a las primeras casas de Madrid, los camaradas del puesto rectifican:

—La verdad es que no ha sido tan tranquilo el día. Algo podréis contar...

A. OTERO SECO



El comandante Vega, el más joven de los jefes del sector (Fots. Albero y Segovia)



Un aspecto del jardín. Al fondo, la torre-escuela del Sindicato de Obreros de las Aguas de Barcelona

LA OBRA DE LA RETAGUARDIA

El Sindicato de los Obreros de las Aguas de Barcelona ha fundado el Grupo Escolar Ferrer y Guardia, verdadero modelo de instituciones culturales

ernos los programas de sus asignaturas. Durante la semana siguiente deberán, día por día, contestando por escrito y en las respectivas libretas, al programa-formulario.

El maestro no explica la asignatura

—El profesor explicará la lección, y ellos luego la anotarán en sus libretas—dijimos nosotros.
—No—nos contestó el director—. Aquí ningún profesor explica la asignatura, como se acostumbraba en la vieja enseñanza. El maestro, en la nueva escuela, no hace más que guiar al alumno. Observarán ustedes, al

recorrer las clases, que los pequeños tienen en cada clase unas pequeñas bibliotecas, con libros de consulta de las respectivas materias que estudian. Pues bien: cogen el programa que ahora están copiando, buscan en él las preguntas, y contestan de acuerdo con las explicaciones que encuentran en los libros de texto de las bibliotecas. Las dudas son resueltas por el profesor.

Una estación meteorológica

Mientras seguimos visitando el Grupo Escolar, su director y administrador nos cuentan que en la actualidad acuden ya al Grupo unos doscientos cincuenta alumnos,

La hora del recreo, los juegos infatigables de los chiquillos, en los jardines del Grupo Escolar



FRANCAMENTE, no esperábamos, ni mucho menos podíamos sospecharlo, que un organismo nacido en el fragor de la Revolución, y organizado y puesto en funcionamiento al compás de la guerra fratricida que está sufriendo España, pudiese llevar a cabo la maravillosa obra cultural que realiza, máxime si se tiene en cuenta su funcionamiento como institución particular. Nos referimos al Grupo Escolar Ferrer y Guardia, creado bajo el patrocinio del Sindicato Obrero de las Aguas de Barcelona.

De cómo nace una escuela

«Esta torre podríamos convertirla en escuela!» Esto dijo alguien; y como si de un cuento de hadas se tratara, un mes después el Sindicato Obrero de la Compañía de Aguas de Barcelona había realizado el milagro. La que había sido torre veraniega del director de la Compañía de Aguas se convertía en espléndido Grupo Escolar, en el cual recibirían moderna enseñanza todos los hijos de los obreros y empleados de aquel Sindicato.

Director y administrador

Rafael Olivar, el joven profesor y director, al mismo tiempo, del Grupo Escolar Ferrer y Guardia, nos acompaña en la visita. Ha sido un verdadero acierto para el Sindicato de Obreros de las Aguas de Barcelona el poner al frente de su nueva institución a un hombre de la inteligencia y temperamento del compañero Olivar. Al explicarnos el funcionamiento de aquel Grupo Escolar, su organización, método de enseñanza y, sobre todo, los planes para un futuro no lejano, fuimos observando su gran cariño a la Escuela. Nos acompañó también el compañero que el Sindicato asignó como administrador del Grupo. Ambos podríamos decir que se «complementan» en la magnífica obra que allí se realiza.

Tomando nota de los programas para la próxima semana

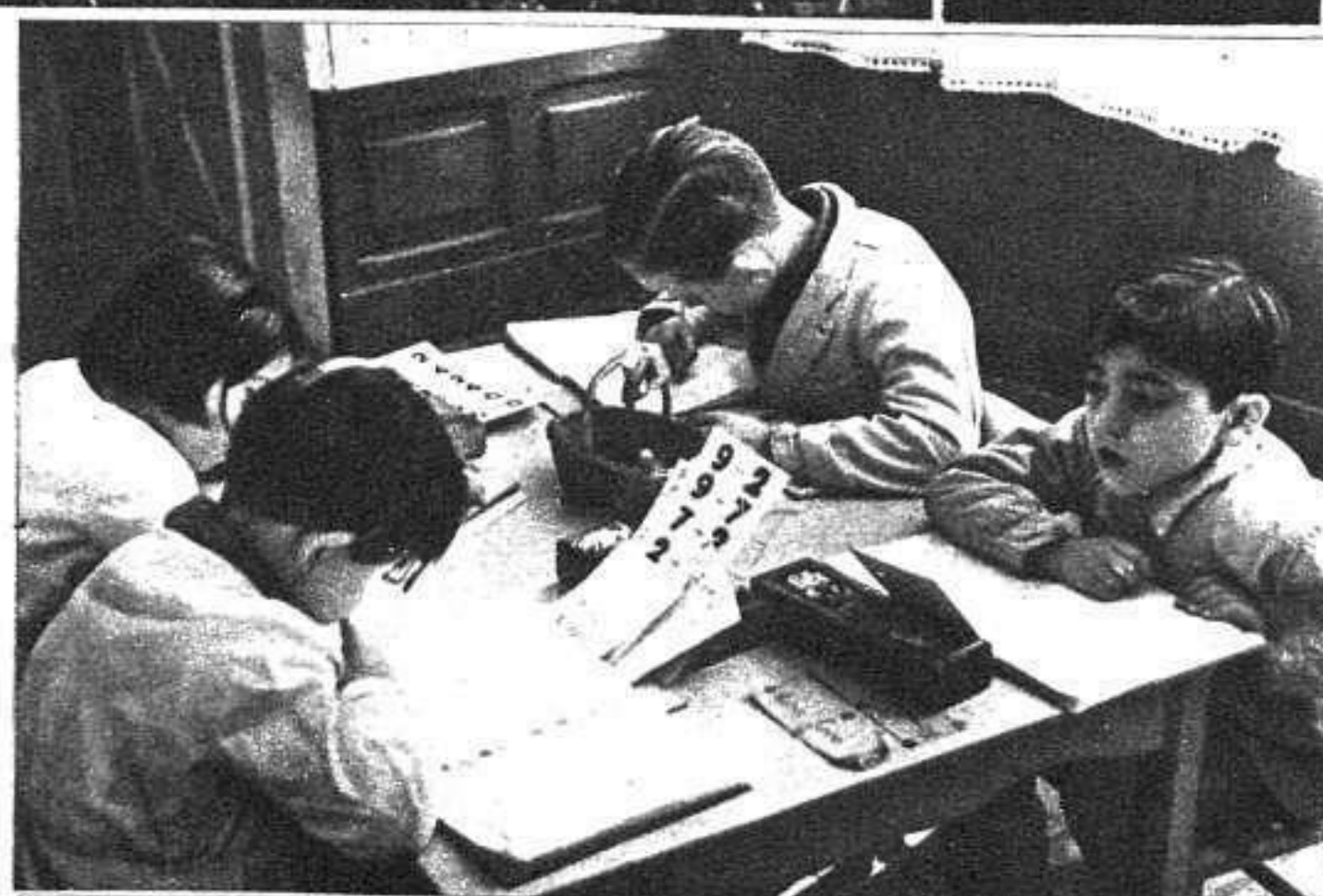
Recorremos el edificio. Consta éste de sótanos, planta baja y dos pisos. En los sótanos se encuentran instalados los servicios de cocina, despensas, almacenes y calefacción. El patio central, cubierto con cristalería y con un surtidor en el centro, ha sido debidamente amueblado, utilizándose para comedor general.

A la altura del primer piso, este patio central tiene una galería, que le rodea, a la cual tienen salida las clases de los grupos para mayorcitos. Los más pequeños tienen sus aulas en la misma planta baja. Cruzábamos la galería, cuando observamos que se formaba una «cola» de niños y niñas, los cuales, con sus libretas bajo el brazo, esperaban ante una de las puertas.

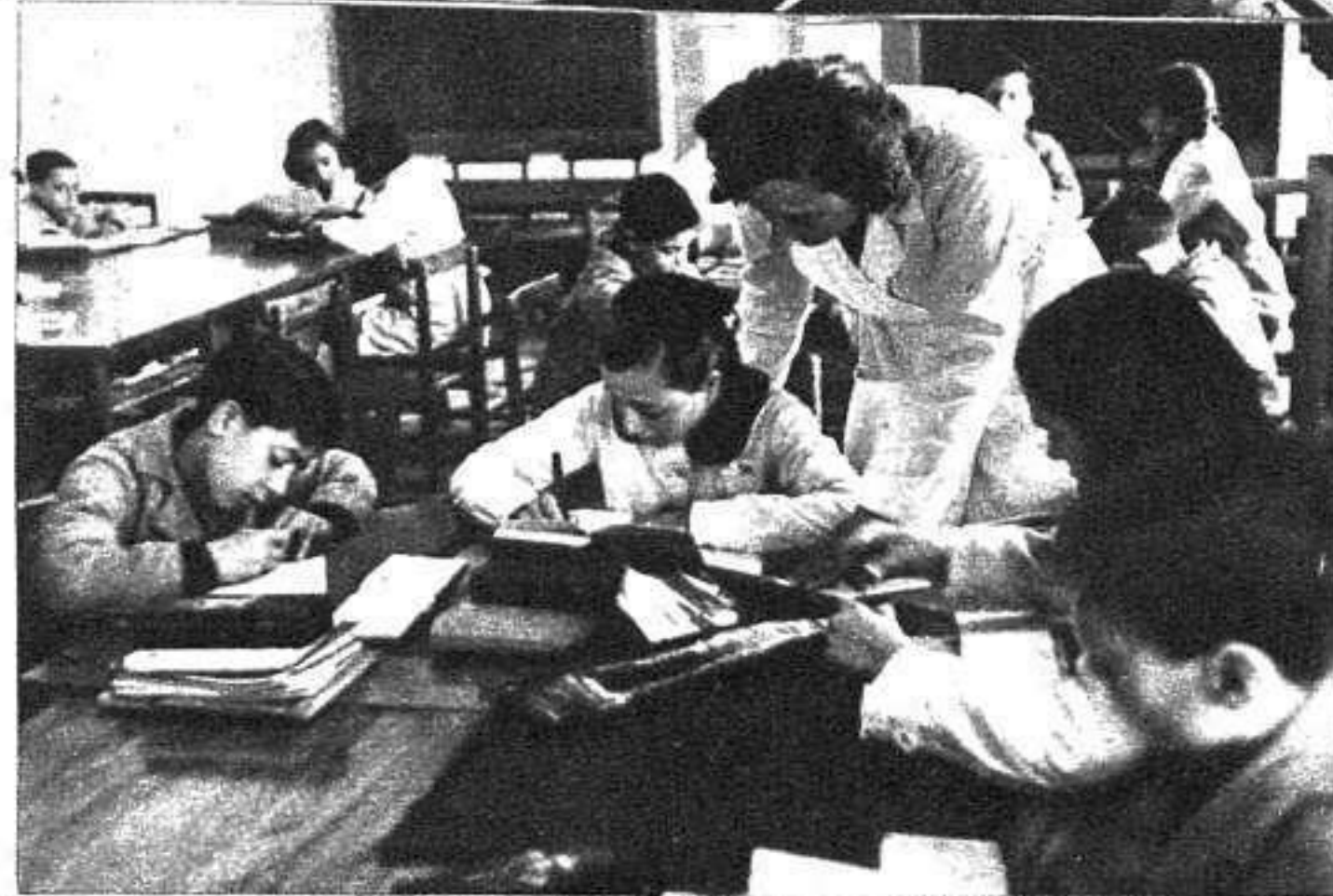
—Es el cambio de clase—nos explicó Olivar—. Según les corresponda lección de Ciencias, Matemáticas o bien idiomas; acuden a una u otra clase.

—¿Y aquel grupo que está ante el tablero?
—Están tomando nota de los programas para la próxima semana. Ya les explicaré a ustedes el método de enseñanza que seguimos.

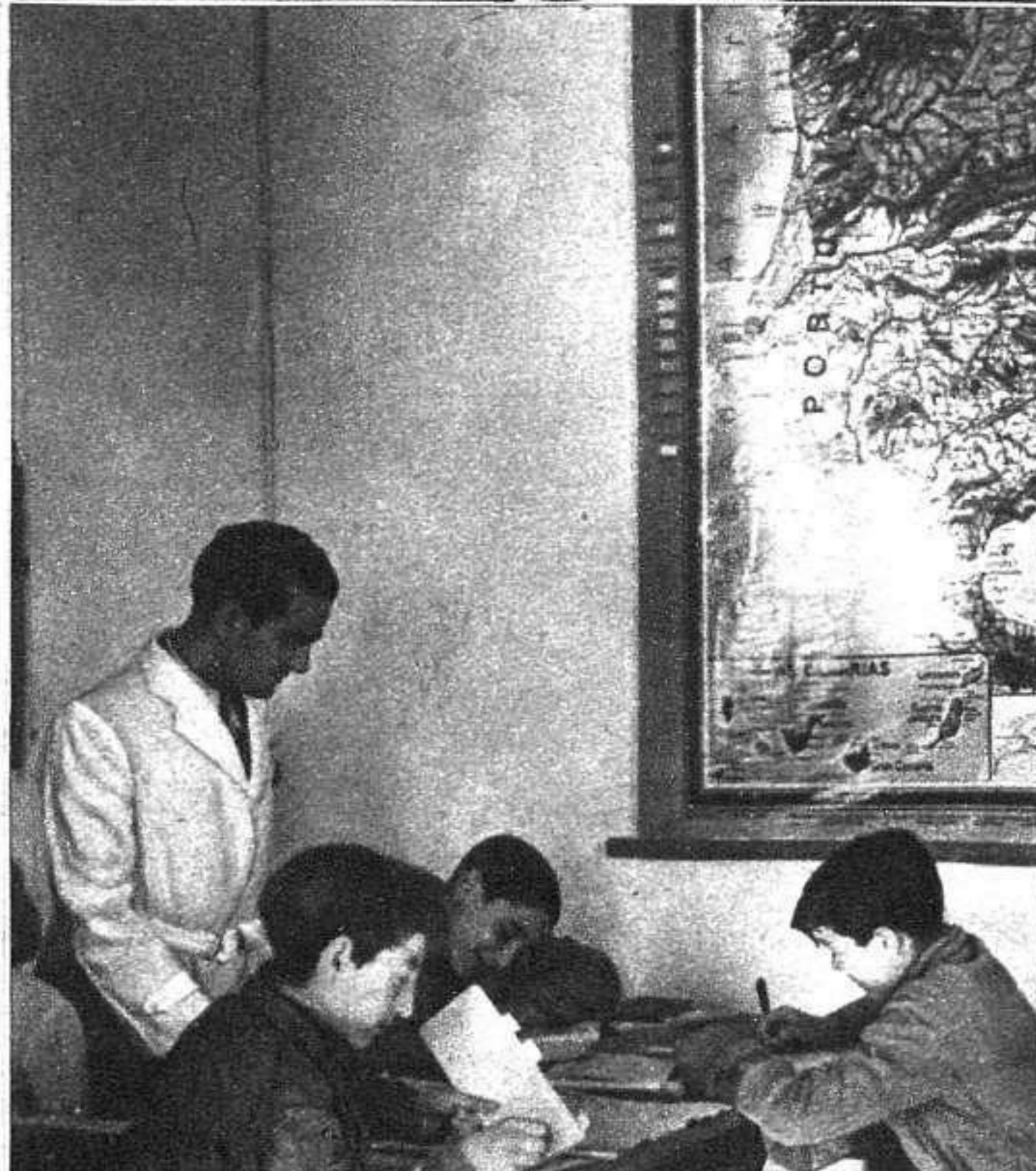
El joven director nos aclaraba nuestras impertinentes y frecuentes preguntas, una por una. Aquel grupo de escolares—niños y niñas juntos—anotaba en sus cua-



← Los más pequeños resuelven unas «dificiles» sumas, auxiliados por esas cestas de bolitas



← La profesora guía a los alumnos en la resolución de los problemas



La respuesta por escrito al cuestionario del programa semanal →

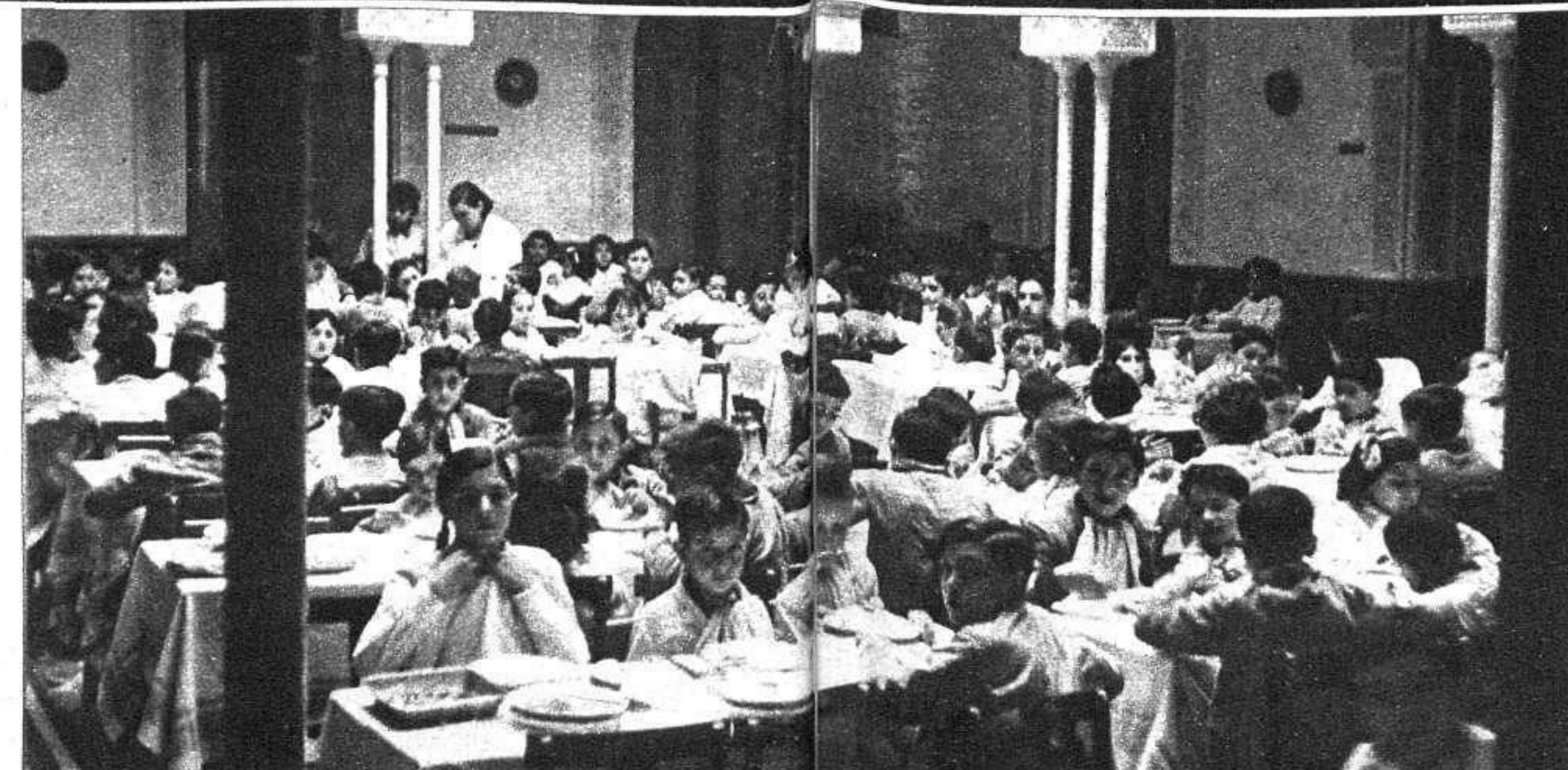
La diaria revista de limpieza a los «peques» →

Acaba de ser fijado el programa de Ciencias, que los chiquillos van a estudiar

← Un rincón del aula de Geografía e Historia (Fots. Torrents)

En este ambiente alegre, como en el Grupo Ferrer y Guardia

En este Grupo Escolar se acostumbra a los alumnos, desde chiquitines, al uso del cepillo de dientes...



todos ellos hijos de afiliados al Sindicato, cuyo organismo ha creado y sostiene con sus fondos esta institución.

Visitamos la biblioteca, con varios centenares de libros, que los mismos escolares cuidan de clasificar; vimos el magnífico laboratorio para clases de Química, con los más modernos aparatos; sala de proyecciones, con máquina de cine sonoro; la clase de idiomas, con aparato y discos para la enseñanza práctica de varias lenguas; en fin, los más modernos métodos de enseñanza, aplicados todos en este Grupo Escolar. Al entrar en el aula de Historia y Geografía, observamos que cada una de las cuatro paredes tienen marcada su orientación respecto a los puntos cardinales.

—Aquí funciona una verdadera estación meteorológica. Todos los alumnos—nos explica el profesor—, al entrar a clase, deben anotar sus observaciones atmosféricas y estado del tiempo, para lo cual pueden ayudarse con los aparatos de que dispone el aula. Sus cuadernos son revisados por el profesor, que califica sus adelantos.

La caricatura del profesor

Cruzamos la clase de Matemáticas—cuya joven profesora es la esposa del director—. Observamos que el almanaque existente en la pared es una caricatura de la maestra.

—Efectivamente—nos dice Olivar—, el profesor de Dibujo realizó las caricaturas de todo el profesorado, y se han utilizado para el almanaque. En cada clase ha sido colocada la del respectivo profesor.

A descalzarse tocan

Recorremos ahora los tres «ciclos» de la planta baja, en los cuales van los más pequeños. A uno de ellos llegamos en el momento en que se pasaba la diaria revista de higiene y limpieza. En el centro de la clase, un pequeño se descalza y muestra sus limpios pies a la maestra; ésta le revisa dientes, manos, etc.

La limpieza, muy especialmente en los más pequeños, es vigilada rigurosamente.

En el aula inmediata, espléndida y soleada galería, están los niños y niñas más pequeños. Les encontramos atareados resolviendo unas sumas.

Recreo y comida

Terminadas las clases, tienen su recreo en el magnífico jardín. Después la hora de la comida. El bello patio central se llena rápida y ordenadamente; sus mesas, mixtas de niños y niñas, van ocupándose.

En el comedor, al igual que en las clases, el profesorado no tiene más misión que la de vigilar y guiar a los pequeños. Ellos mismos—turnan diariamente—se sirven su comida en la mesa. Observamos que allí el orden es perfecto, y el ambiente, alegre.

La disciplina es la misma que se imponen los alumnos. Estos pequeños de hoy son los hombres del mañana, educados para vivir en la gran sociedad internacional, bajo el régimen de libertad, en el cual se habrán forjado ya sus vidas.

ELLAS, EN LA LUCHA

Casilda Hoyos, una mujer odontólogo, al servicio de la guerra

El recuerdo de aquel combatiente italiano con la mandíbula deshecha por un casco de granada

El hijo, combatiente en España; la madre, en un campo de concentración

EN el corazón del Madrid popular, en una de esas calles cuyo solo nombre es ya como un cartelón de sainete y de verbena, ha instalado el Socorro Rojo un dispensario. En él se atiende a los combatientes, a sus familiares, a los necesitados. Un palacio silencioso se ha convertido hoy en instalación al servicio de los heridos y de los enfermos. Tocas blancas de enfermera por entre las paredes, decoradas con viejos cuadros. Entre los que atienden a aquellos enfermos y aquellos heridos figura una mujer: una de esas mujeres que han puesto todo su trabajo y toda su ternura al servicio de las necesidades de la guerra.

Casilda Hoyos es una muchacha odontólogo que desde el comienzo de la guerra viene trabajando infatigablemente en favor de la familia infinita del Dolor. Hoy forma parte de la Comisión Nacional de Sanidad, y ella misma, en su clínica, cuando ya ha cedido el trabajo de la jornada, va contando cómo se incorporó a la lucha.

—Mi gran anhelo—dice—era poder hacer llegar mi trabajo a todos. Hay cosas que no pueden ni deben ser para unos pocos nada más. Hay que hacer llegar esa labor a todos. Es decir, una tarea de auténtico sentido social. Por eso yo, trabajadora auténtica, en cuanto estalló el movimiento ofrecí mis servicios, y el Colegio de Odontólogos me envió al local del Socorro Rojo, en la calle de Abascal.

—¿Y allí?

—Primeramente me encargaron de la Guardería Hogar Infantil, compuesta de trescientos a cuatrocientos niños, hijos todos ellos de los hombres que luchan en el frente. Labor amabilísima para mí. Despertar en el niño el cuidado profiláctico en la boca. Después, con la llegada de los soldados de la Columna Internacional, aquello cambió bastante. Todo eran llagas guerreras sobre el sillón profesional.

—¿Tuviste muchos heridos entonces?

—Sí, bastantes. Y, sobre todo, casos de operaciones delicadísimas. Recuerdo un soldado italiano, con la mandíbula deshecha por casco de granada... Y fíjate si es conmovedor lo que voy a referirte: este hombre, que ha venido a España enrolado en la Columna Internacional, tiene a su madre prisionera de Mussolini, en un campo de concentración. Y ha preferido abandonar el único consuelo de saberse en la misma tierra de su vieja, para acudir aquí. «Luchando ahora—me decía—, es como luego podrá trabajar todo el mundo y comer. No me importa morir, si es preciso, para que los demás vivan felices. ¿Tardaré mucho en curar? Lo digo para volver pronto a la lucha...» Sinceramente, la Columna Internacional tiene mi devoción... Me entusiasma.

La aristocracia de la inteligencia y del corazón

—¿Quién os ha cedido este local?

—La Cultural de Embajadores. Aquí están montándose ya todos los departamentos de que va a componerse nuestra instalación. Tendremos todas las especialidades médico-quirúrgicas que sean necesarias.

—¿Qué es preciso para tener derecho a la asistencia vuestra?

—Sencillamente, ser miliciano, combatiente o sindicado. Y más que esto aún: sufrir y no tener recursos con que aliviar los males. ¡Si vieras!... Una de mis mayores alegrías es al ver a los pobres desgraciados que pasan



En una clínica del Socorro Rojo, Casilda Hoyos cura las bocas rotas por las balas o por la metralla. Todo su esfuerzo y toda su ternura de mujer al servicio de los combatientes o de los necesitados... (Fots. Vide)

por mis manos, con las encías rotas, el rostro deshecho, observar con qué agradecimiento—cuando me preguntan «¿Cuánto?», yo les respondo: «Nada»—se les viene a los labios una sonrisa de sorpresa. «Nada»... Mágica palabra que les hace entrever que aun habrá un mundo bueno para los desheredados de la fortuna. ¿No es hermoso este «regalo de la salud» que hacemos desde esta casa? Cada vez estoy más convencida de que la única aristocracia del mundo es la de la inteligencia y la del corazón; la una, para ayudar a nuestros hermanos en sus necesidades, y la otra, para comprender y consolar sus dolores. No admito ninguna más.

El miedo es libre

—¿No has estado nunca en el frente?

—No. Y te aseguro que lo siento... Allí tengo un hermano, hoy ascendido a capitán por méritos de guerra. Hubiera deseado poder ser allí útil en algo más, compartir con ellos las penalidades de la guerra y sus pocas, sus poquitas, jornadas menos amargas; pero... ¿a qué vamos a engañarnos? Cuando me ofrecieron un puesto en la primera ambulancia que salía, ¡con qué gusto lo hubiese aceptado!... Mas no contaba con mi temblor de piernas... El miedo es libre, ¿no?

El timbre... ¿Para qué?

—Mi vida ha sido siempre uniforme, sencilla. Lo único que puedo decirte es que en mi afán de hacer todo el bien posible a mis semejantes, cuando la actriz Pepita Díaz lanzó su idea de fundar la Casa del Actor, yo inmediatamente me ofrecí a colaborar con mi trabajo, gratuitamente, en la obra que pensaba realizar. Y me consta que ella estaba encantada con mi ofrecimiento.

—Y de tus camaradas de ahora, ¿puedes decirme algo?

—Como caso gracioso, y que al mismo tiempo encierra un gran fondo de reforma social, te contaré lo ocurrido con uno de los muchachos de esta casa. A raíz de instalarme aquí, y mientras trabajaba, tenía muchas veces necesidad de cualquiera de mis ayudantas, y para ello era preciso que empezara a dar voces llamando a la interesada. Vi la absoluta precisión de un timbre cerca de mí. Y aquí fué ella. No consentían en acceder a mi petición, por considerarla «medida aristocrática». «El timbre, ¿para qué lo quieres?» Hubo que explicárselo con todo género de detalles. Y cuando se hubo convencido de que era necesidad y no «superioridad», él mismo ayudó a su instalación. «El timbre... ¿para qué, Antonio?»

HISTORIAS DE ESPIONAJE

Aquella mujer que robó un código de señales secretas...

De cómo el ciego amor de un marino alemán por la bella espía influyó en los resultados de la batalla de Jutlandia

Una mujer de belleza inquietante

En el espionaje de todos los tiempos, la mujer ha desempeñado un papel de gran importancia. Astucia y disimulo se dan en ella como condiciones naturales, que la mujer sabe aprovechar uniéndolas a su seducción femenina, a las gracias de su belleza.

En la Gran Guerra se pusieron en acción, al servicio de los distintos países que en ella contendían, todos los ardides, todos los recursos. El espionaje trabajaba incesantemente. Y dentro de él, la mujer ejercía un papel principalísimo. Hay nombres femeninos a los que su historia en aquella lucha ha dado una imborrable emoción de tragedia.

Entre las mujeres que desarrollaron entonces esa actividad del espionaje inglés figuró, a las órdenes del «Intelligence Service», una de extraordinaria belleza. Era alta, de piel morena, de ojos azules y facciones muy netas, muy pronunciadas. Daba una extraña sensación de enigma, de mujer inquietante y peligrosa. Poseía sobre los hombres una fascinadora seducción. Se llamaba Flora y usaba apellidos distintos, según el país en que residiese. Nadie, ni aun sus jefes del «Intelligence Service», conocía su origen. Su verdadera personalidad era para todos un misterio. Unos la creían irlandesa. Para otros era austriaca.

Era una mujer muy educada, de una fina cultura y en posesión de doce idiomas, que hablaba perfectamente. Su arte de seducción era extraordinario, y esto le valió grandes éxitos en su carrera de espía. Se decía de ella que un ilustre político francés había estado en trance de abandonar su hogar por el amor de Flora, y que otro político italiano había, igualmente, sentido una ardiente pasión por la inquietante mujer de piel morena y ojos azules.

La mujer, el profesor y la cena de una noche

El «Intelligence Service» tuvo informes de que en Suiza había una importante organización alemana de es-

pionaje, dirigida por un individuo que se hacía llamar el profesor Ehrardt. Este no permitía entrar a nadie en las habitaciones de su hotel. Hasta cuando la servidumbre hacía la limpieza había de estar él delante, con el pretexto de que nada deteriorase sus colecciones arqueológicas, de un valor científico incalculable.

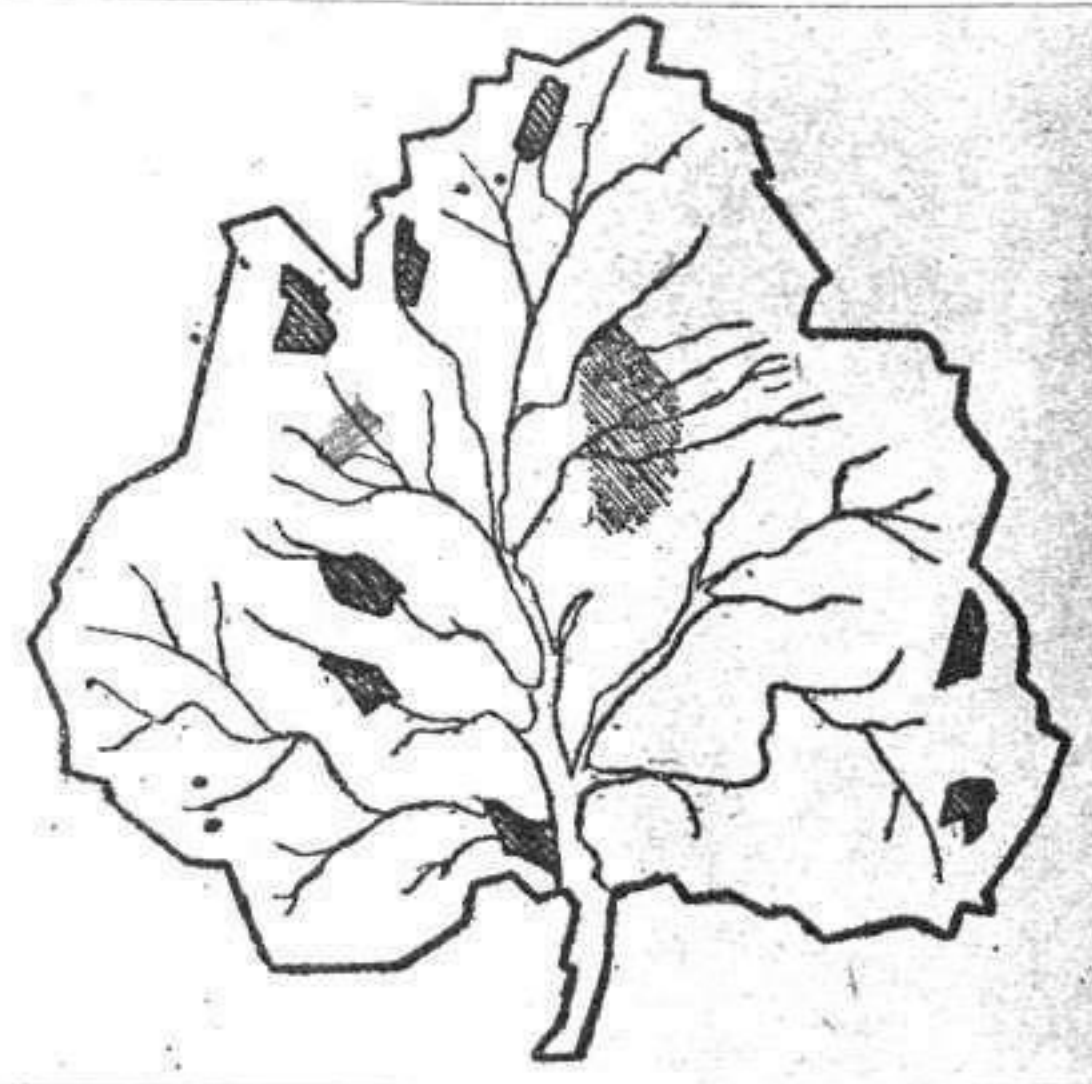
Tales colecciones no existían, naturalmente. Eran expedientes relativos a la organización del espionaje alemán en Suiza y a los informes—escritos en idioma de clave—de los agentes. Apoderarse de esto tenía para el «Intelligence Service» un doble interés: el de completar sus informaciones y sus documentos y el de obtener la prueba material del papel y de la actividad del profesor Ehrardt en Suiza, para poder obtener del Gobierno de este país la expulsión del espía.

Flora se hizo fácilmente amiga del falso profesor. Este era, sin embargo, de una gran desconfianza y recelaba de todo. Al fin se impuso la gran belleza de la mujer, y una noche el profesor la invitó a cenar a sus habitaciones. Flora se presentó bellísima en el cuarto de Ehrardt. Los dos bebían y reían incesantemente. En un momento la mujer se dio cuenta de que había dejado olvidado en su cuarto el frasco de perfume. Y pidió al profesor que fuese por él.

Ehrardt salió del cuarto. Y entonces la mujer, rápidamente, cogió de las carpetas del profesor cuantos papeles quiso. Se dispuso a salir; pero de un escondite surgió un hombre, que la sujetó fuertemente. Era el secretario del espía. Al regresar Ehrardt se indignó violentamente por el engaño. Quiso llamar a la Policía para que detuvieran a aquella mujer por intento de robo. Ella lloró, suplicó. Y para salvarse, ofreció dar a conocer algunos secretos de la organización inglesa de espionaje.

Los dos alemanes se avinieron. Toda la noche estuvieron recogiendo los datos y cifras que ella les dictaba. Ya de madrugada la dejaron en libertad.

Aquellos informes de Flora habían sido sólo mixtificaciones. Ehrardt, creyéndolos ciertos, se había apresurado a comunicarlo gozosamente a su Gobierno. Pero éste,



Cómo actuaba el espionaje en la Gran Guerra: en el croquis de esta hoja de árbol está trazada la situación de algunas fortificaciones

vista la inexactitud de las palabras del espía, le reprendió severamente unos cuantos días después.

El robo de un código de señales secretas

Esta misma mujer, en 1916, tuvo a su cargo la organización en Bélgica del servicio destinado a observar los movimientos de las tropas alemanas. Hacían falta agentes en todas las estaciones de enlace para vigilar el paso de los soldados. Estos informes eran enviados a los Estados Mayores aliados por mediación de la organización de espionaje en Holanda y merced a correos secretos que recorrían el país bajo los disfraces más absurdos.

Con nombre y pasaporte holandés, Flora—Flora Van Poland se llamaba entonces—llegó a recorrer Alemania. Estuvo en Berlín, en Hamburgo, en Munich, en Essen, en Heidelberg. El «Intelligence Service» la había encargado que se apoderase del Código de señales secretas de la Marina germánica y de la clave confidencial que hubiera permitido descifrar los mensajes de los submarinos a sus bases navales, y viceversa.

No pudo realizar todo su cometido. Pero consiguió parte de él, y colaboró de este modo con eficacia a jornadas que más tarde tuvieron una extraordinaria importancia.

Flora fué en aquellos días la amante de un capitán de navío que mandaba el crucero *Kronprinzessin Cecilie*. Una noche en que los dos estaban en el barco—anclado en Kiel—, el capitán cometió la imprudencia de abrir delante de ella la caja de los libros secretos para descifrar un despacho urgente. Y mientras él se dedicaba a las operaciones de yuxtaposición y de multiplicación de cifras, la espía se apoderó de un pequeño libro con cubierta color naranja, y rápidamente lo ocultó en el pecho. Horas después, el Código secreto alemán de señales salía camino de Inglaterra hábilmente camuflado.

El capitán del barco no quiso denunciar el robo para evitarse, sin duda, el castigo que le habían de imponer sus superiores jerárquicos. El Almirantazgo alemán no conoció, por tanto, la sustracción de aquel Código secreto, y por eso, durante la batalla naval de Jutlandia, los buques ingleses pudieron interpretar las señales secretas de sus enemigos y llevar sobre éstos una considerable ventaja. Esto se debía a la habilidad y a la seducción maravillosas de aquella mujer. Por la entrega de este informe, Flora recibió de Inglaterra una gratificación extraordinaria de ochocientas libras esterlinas.

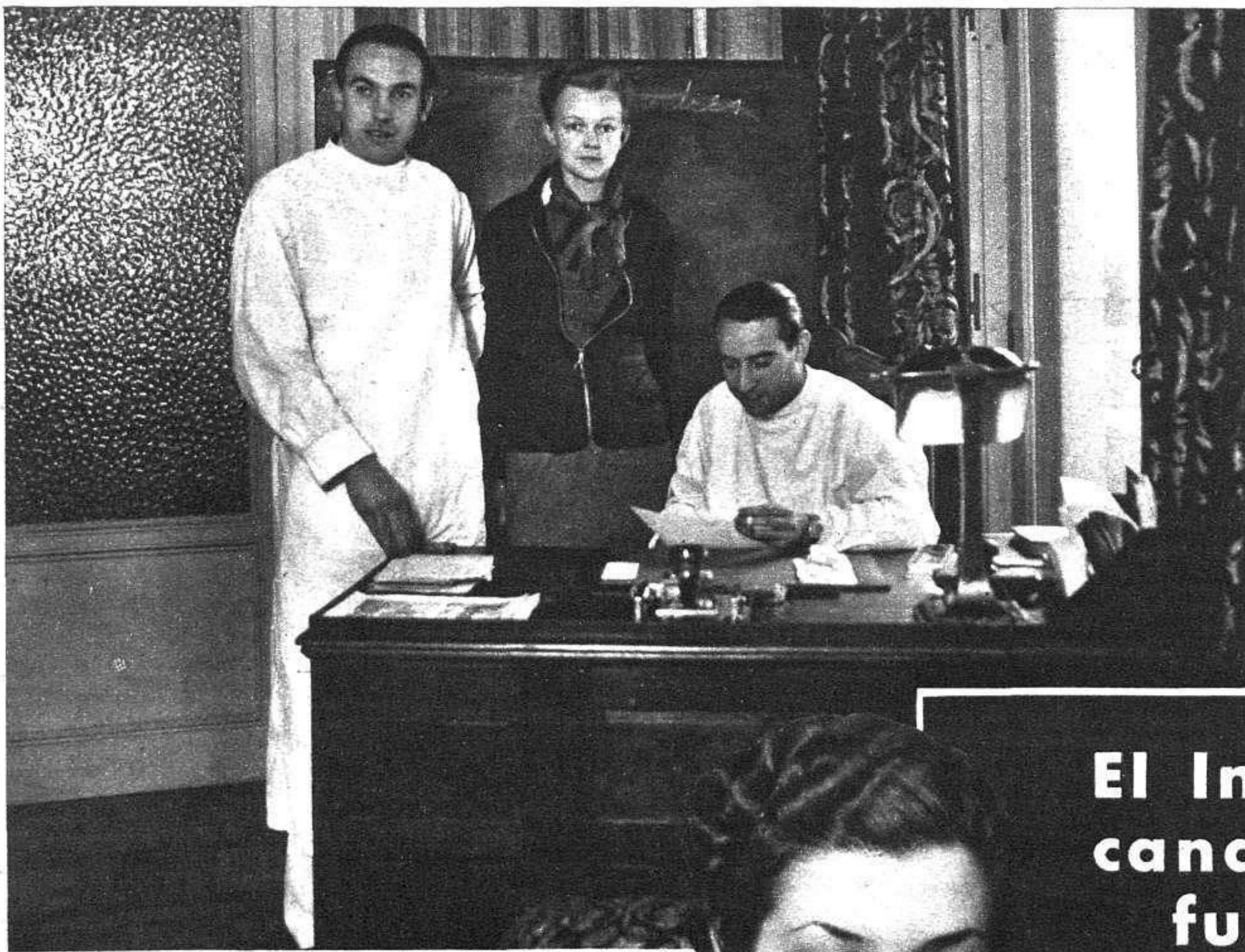
Acabó la guerra, y esta mujer siguió una vida de aventura y de lujo, de misterio y de inquietud. El peligro había estado cerca de ella constantemente, y la muerte la acosó alguna vez. Ella, sin embargo, supo esquivarlo todo. Su vida siguió adelante, libre de ese final dramático que trunca casi siempre la vida del espía: el pelotón de ejecución.



Cómo actuaba el espionaje en la Gran Guerra: el dibujo de una mariposa y, dentro de ella, la situación de un recinto fortificado y de unos fuertes



Imágenes de la Gran Guerra: ha sido descubierto un espía, que los soldados franceses conducen hacia el Cuartel General del sector



Los doctores Goyanes y Sanz, con una de sus ayudantas: una señorita canadiense, que ha venido a España con este equipo (Fots. Vide)

EL Instituto Hispanocanadiense de Transfusión de Sangre. Se llama así como exponente de la solidaridad que el Frente Popular de El Canadá presta a la causa de la España democrática. Hace tres meses, una Delegación de médicos de aquel país llegó a Madrid con la misión humanitaria de auxiliar en la atención a los heridos de guerra, a sus colegas españoles. Dirige la Misión canadiense el doctor Bethune, que con nuestros compatriotas los doctores Goyanes, Sanz Loma y Culebras, llevan a cabo los trabajos del Instituto. Trabajo que en estas horas tiene un valor precioso de vidas. La guerra, que cuesta tanto dolor y sangre en los campos de batalla, no sacia con ella su avidez. Necesita también mucha sangre en la retaguardia, en los hospitales y en las clínicas. Para esta demanda no bastan las transfusiones directas; que no siempre en la urgencia dramática de la guerra llega a tiempo la oferta generosa del hombre que transmite su sangre a un semejante para salvarle la vida. Es necesario tener repuesto del líquido precioso, enviar a los hospitales del frente reservas de sangre salvadora en trances graves. Extraer esta sangre, prepararla, expedirla a las clínicas de vanguardia, es el trabajo delicado e intenso a que ahora se dedica principalmente el Instituto.

Los ilustres doctores don Vicente Goyanes y don Andrés Sanz nos informan sucintamente de estos trabajos, que para el profano tienen un aire de cosa hermética y milagrosa.

—Las transfusiones de sangre representan una de las más importantes necesidades de la guerra. Su utilización realiza verdaderos prodigios. Centenares de hombres que llegan a los hospitales gravemente heridos, exánimes, agotados, se salvan gracias a la transfusión, que les permite resistir las intervenciones quirúrgicas. La demanda del líquido humano es cada día más cuantiosa y perentoria. Nuestro trabajo consiste en atenderla.

—¿En qué cuantía?

—Aquí, más que transfusiones directas, nos dedicamos a las extracciones. Preparamos la sangre para enviarla a los hospitales de los frentes.

—¿Cómo se hace esta provisión?

—Proviene de los ofrecimientos generosos y voluntarios en su totalidad. Diariamente hacemos unas cincuenta extracciones, que nos proporcionan, aproximadamente, medio litro de sangre cada una.

—¿Qué requisitos se exigen antes de proceder a la extracción?

—Hacemos a los donantes un detenido reconocimiento para comprobar su buen estado de salud. Les hacemos un recuento global y los consiguientes análisis para clasificar la sangre.

—¿Cómo se hace esa clasificación?

—En cuatro grupos. Al grupo A se adscribe el que se denomina «donante universal»; es decir, el que puede dar su sangre a cualquier tipo de enfermo. Los del grupo B la pueden dar a un receptor de su grupo o al universal. Los del grupo A B pueden recibir sangre de todos; pero sólo pueden darla a otros del mismo grupo.

—¿En qué proporciones se dan estos grupos?

—Los mayores son los del grupo «cero», que dan un contingente del 38 al 40 por 100 de donantes útiles, y del grupo A, que dan un 40 ó 42 por 100, con lo que se obtiene un total de 80 por 100 utilizable.

—¿Qué personas principalmente están capacitadas para dar su sangre?

—No existen diferencias de edad y de sexo. Tan útil es la sangre de un hombre sano de cuarenta y cinco años como la de una niña de catorce.

—¿Hay algún peligro en la extracción?

—Absolutamente ninguno. Hay quien en diversas veces puede dar hasta mayor volumen de sangre que el que contiene su cuerpo, puesto que la sangre en el organismo sano se renueva fácilmente. Normalmente, se dejan transcurrir veinticinco días entre dos extracciones a una misma persona. Tenemos fichas de donantes que desde que empezó la guerra han dado ya hasta seis litros de su sangre. Un miliciano catalán se ha prestado a diez y siete transfusiones, y no es raro que tengamos que porfiar con algunos donantes, que se obstinan en que les extraigamos sangre con más frecuencia de la debida.

—¿Tienen algún privilegio los donantes de sangre?

—Ahora, ninguno que merezca la pena. Las donaciones son voluntarias y absolutamente desinteresadas. Cuando se les hace la extracción se les da un ponche, y luego se les provee de un certificado por el que tienen preferencia para abastecerse de artículos alimenticios durante ocho días, sin aguardar turno en los establecimientos.

—¿Cómo se prepara la sangre que pudiéramos llamar «en conserva»?

El Instituto Hispanocanadiense de transfusión de sangre

Líquido precioso, salvador de vidas, "en conserva" para los hospitales del frente

Cincuenta céntimos valía un gramo de sangre humana

—Con material rigurosamente estéril se trata con citrato sódico, se guarda en frascos herméticos de medio litro y se conserva en la nevera a cero grados.

—¿Qué cantidad sirve el Instituto diariamente?

—Para los hospitales de vanguardia enviamos de veinte a treinta litros.

—¿Qué número de transfusiones se llevan hechas?

—Directas, desde que estamos trabajando para los servicios de guerra, unas mil quinientas. Y unas doscientas extracciones para conservar.

—¿Tiene la sangre alguna tarifa, lo que podríamos llamar «precio industrial»?

—Ahora, no, porque todos los donantes lo hacen generosamente. En tiempo normal sí regía una tarifa: cincuenta céntimos por gramo. Una extracción de medio litro, sin peligro ni molestia alguna para una persona sana, le valía cincuenta duros.

Una última pregunta:

—¿Son muchos los ofrecimientos de sangre?

—No podemos estar descontentos. Pero necesitamos más. La guerra es insaciable. Cada día sus dramáticas necesidades se nos imponen con mayor urgencia.

Ya lo sabéis, ciudadanos. Hace falta más sangre del pueblo, líquido precioso para salvar sangre y vida del pueblo que lucha. Contribución generosa a la causa de todos, que todos, cada uno en su medida, está obligado a aportar. La guerra es insaciable. Unos dan a ella su vida; otros, su trabajo; todos, sus sacrificios. Que nadie escatime su colaboración en la gigantesca obra común.

HOGARES PROLETARIOS

El Círculo Socialista del Norte y su labor en beneficio de los obreros

Salas de reposo y convalecencia, trabajos culturales, Guardería Infantil...

MADRID tiene repartidos por sus barrios y distritos una serie de Círculos obreros que están desarrollando una magnífica labor en beneficio del pueblo en armas. Antes del 18 de Julio, estos Círculos, constreñidos y obligados a permanecer en locales insuficientes por la estrechez económica de su vida, procuraban suplir con actividad y buena voluntad aquellos inconvenientes, para cumplir en toda su integridad el programa que se habían trazado. En esos Círculos se ha desarrollado siempre una honda labor de cultura y de tipo sindical para la educación de las masas, que ahora, con mejores medios, se está completando espléndidamente. Muchos edificios abandonados el 18 de Julio por sus propietarios han servido para que por primera vez esos Centros proletarios puedan instalarse adecuadamente. Por ejemplo: este Círculo Socialista del Norte, que acabamos de visitar.

El responsable del Círculo, camarada Serrano, ha ido mostrándonos las distintas dependencias del edificio en que se instalaron el 19 de Julio, al día siguiente de la sublevación militar. Es un palacio enorme, con amplios jardines y vastas dependencias, que hasta aquella fecha fué colegio de monjas: salas amplias, confortables; enormes galerías, grandes cocinas, terrazas llenas de sol, abiertas al Madrid popular de Cuatro Caminos.

—Muchas de estas dependencias—nos dice el camarada Serrano—están ya habilitadas para que puedan rendir una función útil a nuestra causa. Aquí tienes, por ejemplo, el salón de actos.

El salón, inmenso, ha sido transformado, hasta quedar convertido en un magnífico lugar de conferencias o para sesiones de teatro o cinematógrafo. Decorado por varios compañeros del Círculo, resaltan en él un magnífico retrato de Pablo Iglesias, obra de los camaradas Villalva y Gómez Ogando.

—Aquí, donde, como ves—sigue diciendo Serrano—, se pueden colocar más de mil personas, se comenzará dentro de poco una serie de conferencias populares para nuestros afiliados. Y queremos que desfilen por esta tribuna las personalidades más destacadas de la actualidad.

—¿A qué otros fines dedicáis este edificio?

—Hasta ahora, está rindiendo un buen servicio; pero nos parece poco todavía, y hemos de aprovechar todas sus posibilidades de la mejor manera posible. Hoy tenemos instalado aquí el Batallón de Leones Abisinios. También hemos dedicado parte de la casa a lugar de reposo o de convalecencia de los compañeros que vienen del frente. Aquí se les da cama y comida, y se les atiende debidamente para que puedan reponerse de sus heridas o de la fatiga que produce una larga estancia en las trincheras.

El camarada Serrano hace una pausa para mostrarnos los amplios lavaderos, con instalación mecánica, y continúa:

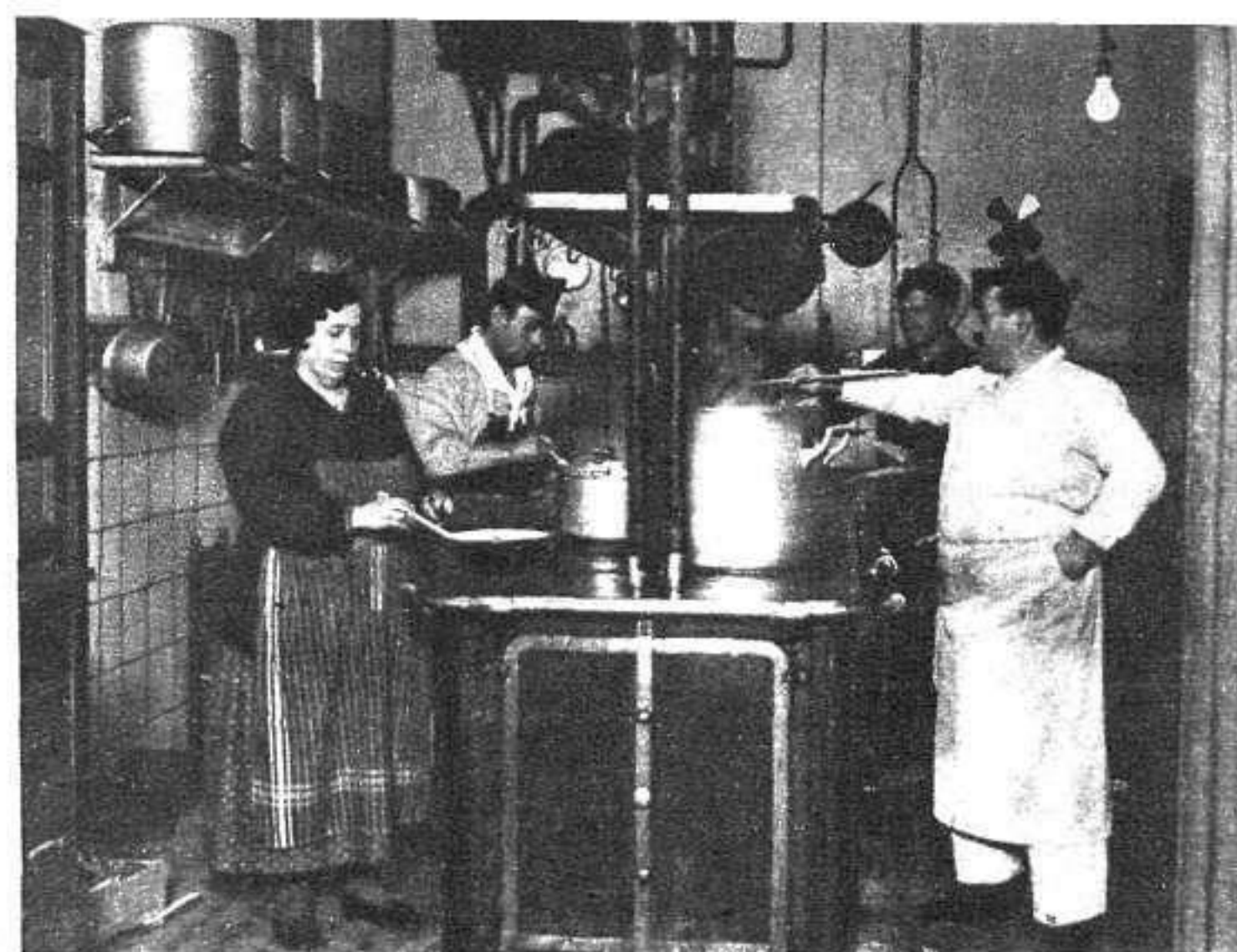
—Este lavadero está al servicio de nuestra división de la Sierra para limpieza de su ropa. Gracias a la perfección mecánica de sus instalaciones, podremos conseguir no sólo que nuestros compañeros estén siempre limpios, sino el ahorro de ropa que supone el frecuente lavado, evitando con ello las roturas y deterioros de camisas por culpa de una permanencia excesiva sobre los cuerpos de los luchadores.

—¿Más proyectos?

—Muchos. Todos los que podamos para sacar de esta casa todo el buen rendimiento posible. Por de pronto,

toda la parte aprovechable de material pedagógico que aquí había se está enviando al frente. Además, pensamos habilitar varios pabellones del edificio a Guardería de hijos de milicia-

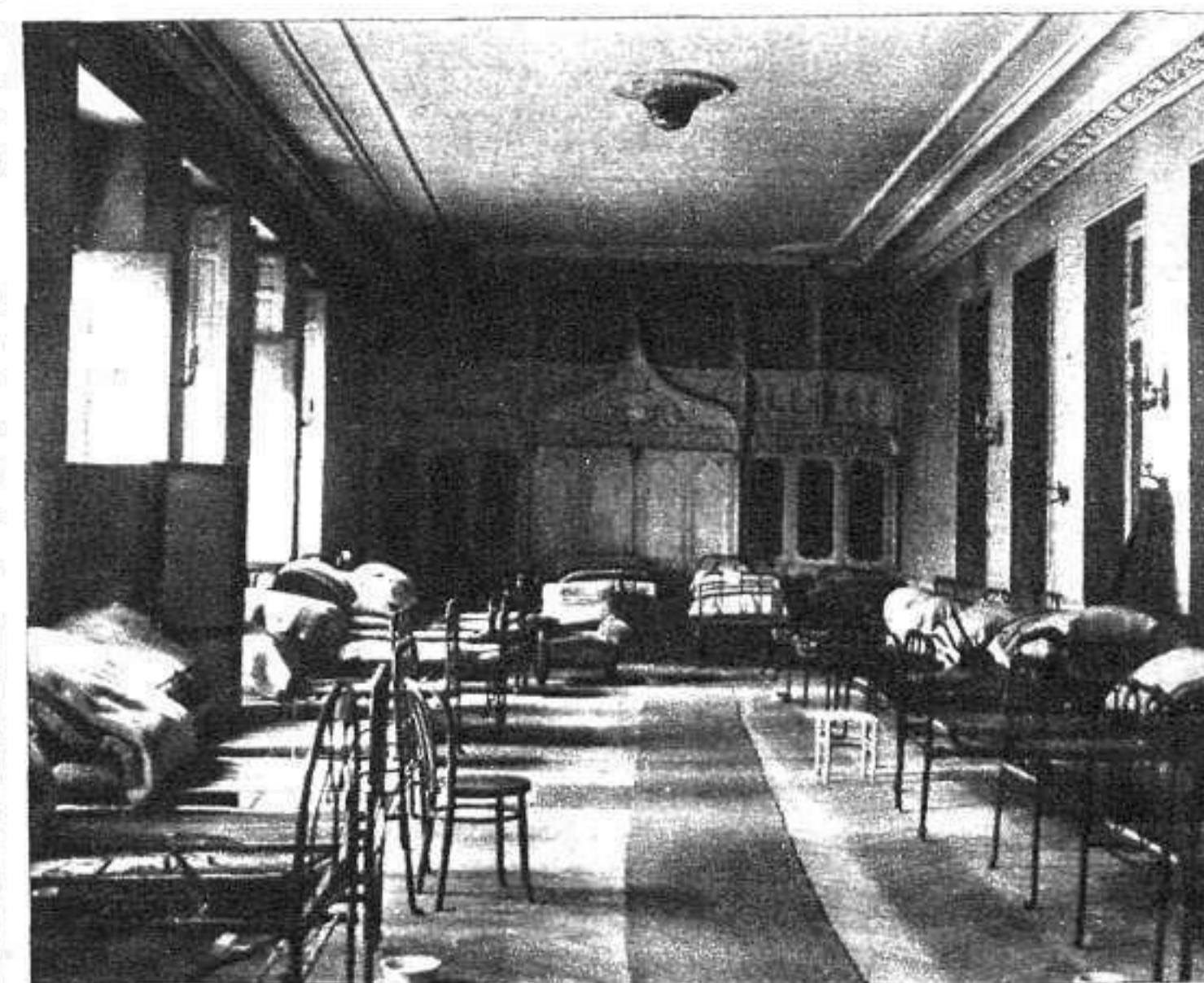
El responsable del Círculo Socialista cuenta a nuestro compañero el desenvolvimiento del Centro



En la cocina del Círculo Socialista del Norte se prepara la comida para los heridos y convalecientes



En este lavadero, servido por varias compañeras socialistas, se lava la ropa de los milicianos



La antigua capilla se ha habilitado para alcoba de los convalecientes de las trincheras
(Fots. Vide)

nos, salvo, naturalmente, que la superioridad determine otra cosa. Aunque suponemos que aprobará nuestro proyecto, porque el compañero Llopis, que empezó esta labor, opina como nosotros. Tenemos pensado aprovechar para este fin los amplios jardines de la casa y varias dependencias, que por su futuro rendimiento seguro se diría que están construidas precisamente para lo que nosotros hemos de destinarlas.

—¿Cuántos niños podrán instalarse aquí?

—Unos mil seiscientos, por lo menos. Sobre la base de este cálculo, hemos empezado ya los trabajos preparatorios.

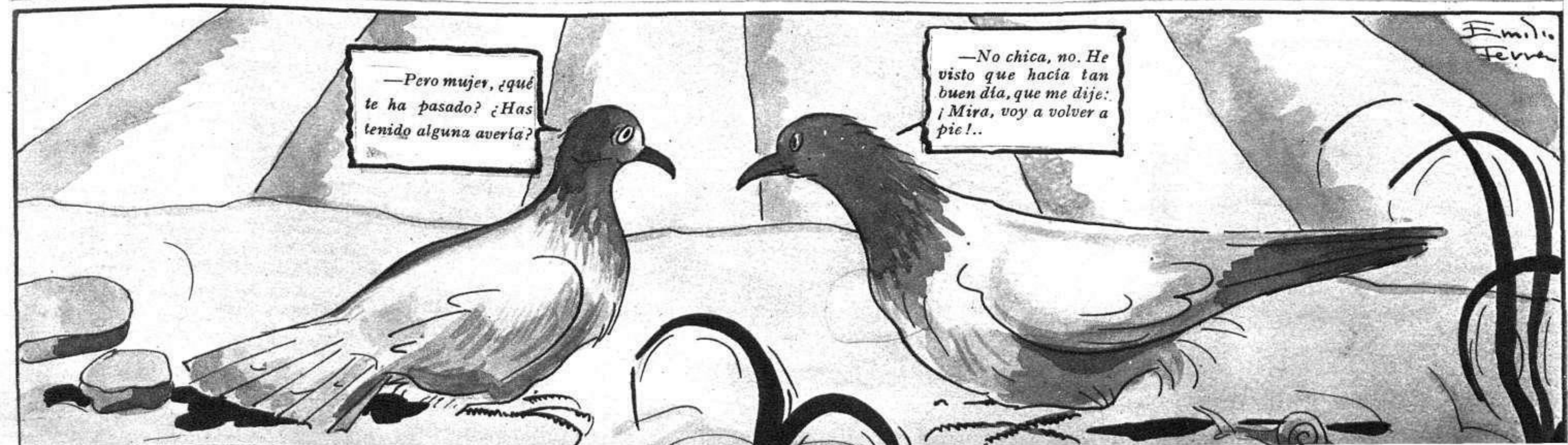
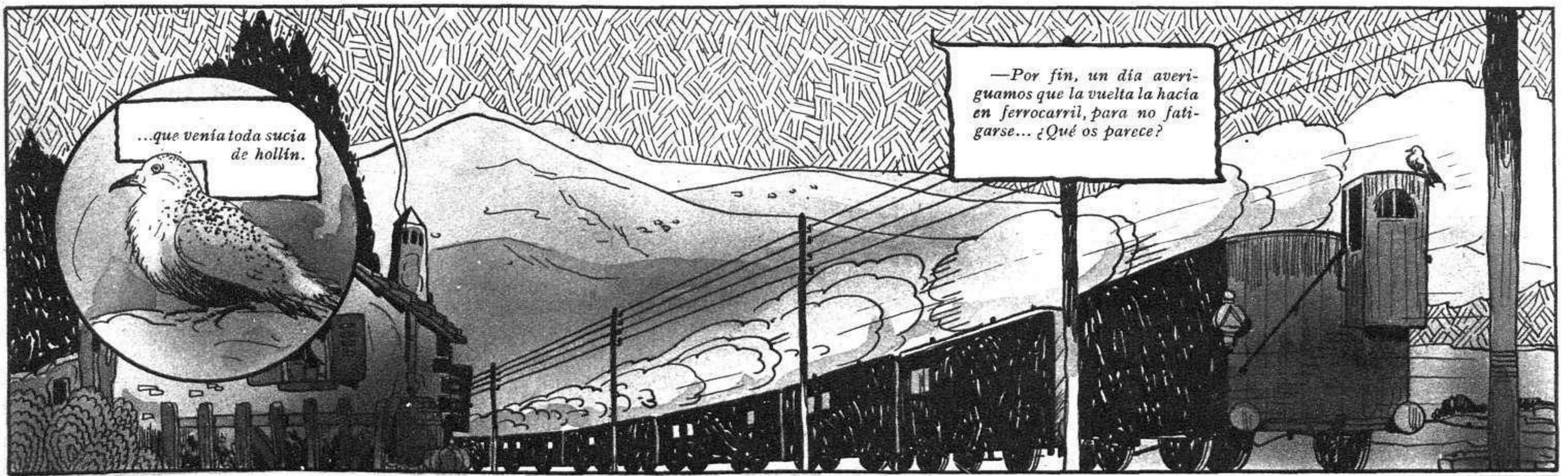
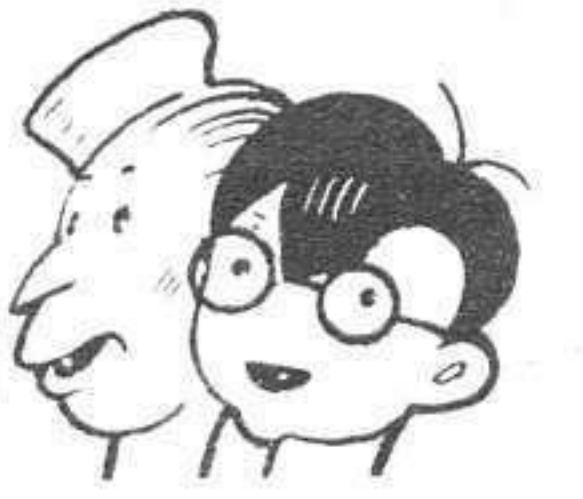
El compañero Serrano se despide de nosotros con estas palabras modestas:

—Todo cuanto haga usted en el periódico en beneficio de nuestro Círculo se lo agradeceremos profundamente. Pero no dé usted nombres de los que aquí trabajamos. La labor que aquí se desarrolla es de todos: desde el responsable hasta los afiliados sin cargo directivo. Y nuestra mejor satisfacción, nuestra única vanidad, si así quiere usted llamarlo, es trabajar por ver cumplidos todos nuestros proyectos en beneficio de nuestros hermanos los trabajadores.

A. DE LA S.



LA VUELTA AL MUNDO de COLÁS Y BARULLO



CONSIGNAS

El rezagado, el olvidadizo y el hombre que se aturde

ENTRE las diez de cada noche y el amanecer del día siguiente está prohibida la libre circulación por las calles de Madrid. Es una medida de prudencia defensiva, con la que la Junta Delegada de Defensa ha querido neutralizar la acción solapada de los enemigos que se aprovechan de las sombras de la noche para sus turbios designios. Sólo los que durante ese lapso de tiempo necesitan realizar una función concreta perfectamente controlada—periodistas, obreros de las Artes Blancas o de las fábricas de guerra, conductores del *Metro*, milicianos con misiones especiales...—pueden trasladarse de un lugar a otro de la ciudad sin que nadie ponga obstáculos a su marcha. Los demás—esos rezagados que acuden tarde a casa, todavía con la nostalgia trasnochadora de otros tiempos—se encontrarán a los pocos pasos, si en los relojes han sonado las diez, con un miliciano dispuesto a cortarles el paso:

—¿Llevas la consigna, camarada?

Si la lleva, puede continuar tranquilamente. Si no la lleva, se le detiene hasta que demuestre el motivo de andar a esas horas por la calle e identifique su personalidad.

—Ahora ya no se dan tantos casos—me dice un miliciano; pero en los primeros días posteriores a esa orden eran muchos los que andaban por Madrid a altas horas de la noche sin consigna. Muchos individuos de la «quinta columna» han sido descubiertos por esta causa. Otros eran simplemente ciudadanos olvidadizos y descuidados, a los que después se puso en libertad en cuanto demostraron que su estancia en las calles no perseguía una finalidad turbia. Yo mismo he sido protagonista de uno de estos casos últimos, bastante gracioso.

—¿Me le puedes contar?

—¿Cómo no? En el fondo, no tiene importancia, y, además, puede servir de ejemplo demostrativo de hasta qué punto de rigidez hay que llevar el respeto a esta orden superior. Verás: Estaba yo una noche de servicio, y cuando sólo faltaban unos minutos para las diez y media, pasó un hombre a mi lado. Inmediatamente le di el alto. El hombre se paró en seco; pero la noche eran tan oscura, que yo apenas le distinguía entre las sombras espesas:

—La consigna, camarada.

—No la llevo; pero soy antifascista.

Me alargaba un carnet sindical, que yo recogí rápidamente; pero le detuve. Cuando le llevaba conducido le identifiqué. Era un amigo mío, vecino de mi casa. Le conocía de mucho tiempo; pero esto no impidió que le entregara a mis superiores haciendo constar ese conocimiento. El muchacho se lamentaba:

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

ABUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

PARA anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, 9, entre-suelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

APOPLEJIA PARALISIS

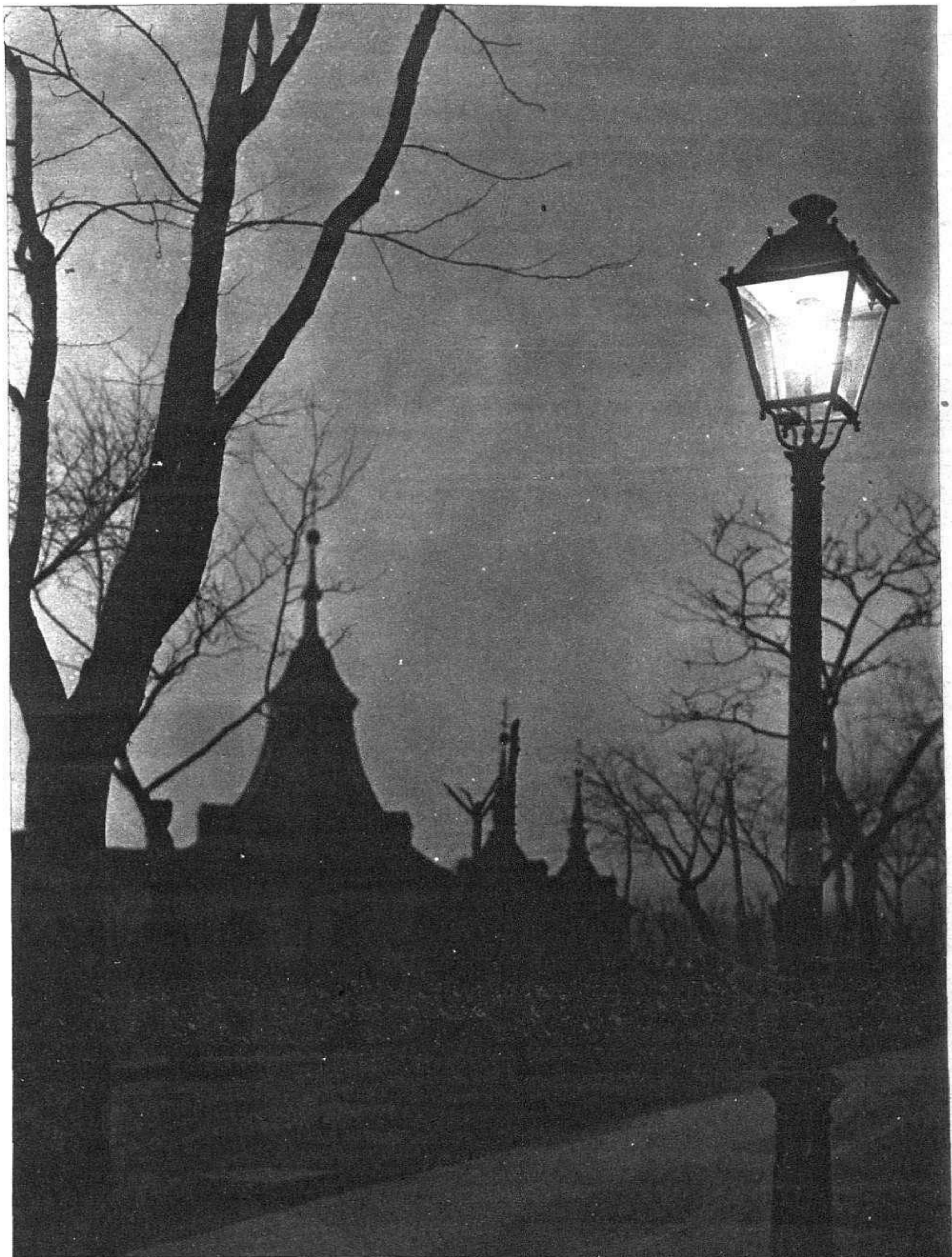
Angina de pecho, Viejz prematura y demás enfermedades originadas por la Arteriosclerosis e Hipertensión. Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, rama o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando **RUOL**. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segalá, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.

Conservas TREVIANO



En el Madrid de noche, de las sombras surge una voz que pregunta: «¿Llevas la consigna, camarada?»

—Pero hombre, ¡parece mentira! ¡Que seas tú quien me detenga conociéndome! Y todo porque me entretuve hablando con la novia hasta que cerraron el portal de su casa.

Al día siguiente se le puso en libertad. Se marchó sin guardarme rencor, reconociendo que él, en mi caso, hubiera procedido como yo.

—A veces, hay algunos tan olvidadizos que aun sabiendo la consigna, se aturden en el momento de decirla y se les borra rápidamente de la memoria.

—¿Y en esos casos...?

—En esos casos es fácil la demostración de su buena fe. El poseedor de la consigna la ha recibido de alguien. Basta con que ese alguien lo confirme ante la autoridad, o que al detenido, tras un rato de calma y de reflexión, le desaparezca la amnesia.

—¿Recuerdas algún caso de éstos?

—Sí. Una noche, la consigna era ésta: «Contra el crimen fascista, la justicia popular.» El sistema para pedir la consigna era así: Nosotros teníamos que decir la primera parte de ella, y el transeúnte, la final. Junto a mí pasó uno; le di el alto.

—Salud, camarada.

—Salud.

—¿«Contra el crimen fascista...»?

El hombre dudó un momento. Se le veía hacer esfuerzos para acordarse de la continuación. Al fin, no encontrando las palabras exactas, me dijo:

—Mira, camarada; no me acuerdo bien; pero es algo así como que el pueblo tiene que castigar a los fascistas. Verás, verás... Volvió a meditar, y luego me dijo la consigna entera. El hombre se la sabía de carrerilla, y mi interrupción le había desconcertado.

Hay en el régimen interior de las consignas cosas que no se pueden revelar. Por eso no han llegado a conocimiento del reportero. Y es natural este secreto, que es precisamente donde descansa la eficacia de su aplicación. En el silencio de un despacho oficial hay unos hombres beneméritos dedicados a esta labor delicadísima. Ellos lo organizan todo, perfeccionando cada día, haciendo más sutil cada hora, su trabajo. Diariamente cambian las palabras que han de servir de contraseña para la diferenciación de los leales y de los sospechosos o enemigos. Ellos dirigen la distribución del papelito misterioso de modo que sólo llegue a los que debe llegar. Y se lleva esta labor a efecto de un modo tan escrupuloso y perfecto que no es posible la más ligera filtración.

Consecuencia de todo esto es una organización admirable que vela el sueño de los madrileños antifascistas para evitar cualquier emboscada nocturna.

Ejecutores de esa labor, defensores esforzados de ese sueño ciudadano, son esos hombres que se acercan al transeúnte entre las sombras de la noche, con esta interrogación en la boca:

—¿Llevas la consigna, camarada?

A. SERENA



La obra de la retaguardia en Barcelona

El Sindicato de Obreros de las Aguas ha creado el admirable Grupo Escolar Ferrer y Guardia. He aquí la comida de los alumnos más chiquitines.

(Véase la información en el interior del número)